

Un sueño con la muerte

Luis Cervera



Capítulo 1

La pesadilla encarnada

Continuaba absorto en mis preocupaciones mientras mi familia terminaba la cena, haciendo rodar un guisante con el diente del tenedor por el plato de porcelana como si aquella acción resolviera mis conflictos internos.

Mi mente echó un vistazo atrás, visionando aquella apasionante trayectoria académica sin fallas en la rama artística, al mirar al frente aún seguía viendo mi objetivo en la lejanía, la admisión a la carrera universitaria. Ese mismo día recibí la noticia que cayó sobre mis hombros como una pila de plomo, no había alcanzado la calificación suficiente en el examen de acceso, inundando mi perseverancia en un sendero neblinoso ¿Qué haré hasta la próxima convocatoria? ¿Debería probar otra rama o buscar un empleo? ¿En qué podría trabajar? ¿Qué otra cosa podría hacer mientras tanto?...

—¿Cómo este cielo? — Su voz me devolvió a la realidad de sopetón

— Bueno, podría estar mejor mamá —

— No le des más vueltas, podrás intentarlo el próximo año — añadió mi hermano

— No es eso lo que me preocupa — respondí a desgana.

—Solo perderás un curso, además, pienso que te vendrá bien probar cosas nuevas en ese tiempo —

—¿Qué clase de cosas mamá? —.

—¿Cómo si ir a la universidad fuera lo único en la vida, viaja un poco, prueba cosas nuevas ¿Imprimiste lo que te pedí? —,

— Si —,

— Estupendo, mañana le daré tu currículum a mis amigos por si necesitan gente para sus negocios, te llevaré al centro para que repartas el resto, recuerda, ve con buena cara y una sonrisa — Respondió con el entusiasmo que en mi escaseaba. Se que pretendía levantar mis ánimos, sin embargo desde mi perspectiva decaída parecía como si le alegrase mi fracaso.

- Me voy a la cama — anuncié con las expectativas aún más bajas,
- No quiero que acabes el día tan disgustado cielo —,
- Tranquila, estoy bien, solo necesito pensar un poco en qué hacer ahora
- respondí intentando tranquilizarla.
- No pienses más y descansa... Estoy orgullosa de ti —.

Prendí las luces y subí las escaleras, a pesar de llevar puestas las deportivas el frío suelo de mármol calaba su gélido tacto en mis pies, alcancé la tenue planta superior, los focos de las escaleras no alcanzaban a iluminarla en su totalidad. Avancé en la penumbra hacia la entrada de mi habitación y giré el pomo, adentrándome en la pequeña parcela de mi mente en la realidad.

La luz de luna llena se colaba por la persiana entreabierta, custodiando la silla de mi atril de bocetaje, hasta que la invité a marcharse prendiendo la bombilla del piso. Las paredes blancas se verían impolutas si no fuera por las gotas de pintura que escapaban del lienzo de mis obras, un bosque de caballetes sosteniendo mis cuadros ocultaba el pequeño espacio en el que se encontraba la cama, armario y un pequeño estante donde deberían estar mis futuros apuntes junto a mis lecturas favoritas.

Me dirigí al armario para recoger el pijama e ir a la ducha, al regresar me topé con uno de mis encargos a medio hacer. Mi vecina me pagó por una ilustración de la procesión del silencio, en este caso se trataba de una vista en contrapicado de la representación del cristo y algunos penitentes durante la noche. Estaba bautizado, algo típico en mi país, nunca he sido creyente, pero admiro la belleza de las clásicas marchas que se celebran en las ciudades españolas durante Semana Santa. De hecho, la escena que dibujaba era de una de mis favoritas.

Regresé a mi cuarto al terminar de asearme, acabé tendido en la cama aun con mi mente puesta en mañana, y en pasado-mañana, y en la próxima semana y el mes siguiente hasta la próxima convocatoria. Pensar en ese tránsito de tiempo vacío ¿qué hacer? nunca me había planteado algo distinto a la carrera de artes, quizás iba siendo hora de buscar otras alternativas.

Las cosas nunca salen como uno las espera, un revés, un accidente, una mala decisión, un mal momento, un cambio de rumbo o simplemente porque sí, el destino baraja las cartas y nosotros jugamos con ellas. Por otra parte, dedicarme al arte siempre había sido mi sueño y una meta que buscaba lograr, pero ya lo decía mi abuelo “de sueños no come la gente”.

- Ya estas empezando otra vez — dijo mi subconsciente ante la sobrecarga de información, no podía parar de sobrepensar las cosas y

sentirme mal conmigo mismo. Aquella rumiación mental tan solo era un lastre para mí, cogí aire, inflé mi pecho y respiré — Mañana será otro día — Me dije esperando a quedarme dormido.

—Niño... Niño... — Escuché en la lejanía — Vamos, que ya está la comida —dijo aquella voz débil y agradable, abrí los ojos. La claridad me invadió a través de una puerta de chapa color tierra, sentado en una mecedora de madera recubierta por una manta turquesa. El tacto de la tela y el suelo de terrazo fueron suficiente para reconocer donde me encontraba, — Vamos, que se enfría —.

Al levantar la mirada me topé con un rostro arrugado de ojos castaños mirándome con una sonrisa, entre las canas podían distinguirse los restos de un cabello color café, con un vestido azul de flores blancas mi anciana abuela esperaba.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que la vi, los estudios me robaban tanto tiempo que no pasaba a hacerles una visita, verla inundaba de alegría mi corazón. — ¿Qué has preparado? — pregunté contagiándome de su sonrisa, cogió mi mano con delicadeza y me llevó al comedor, allí nos esperaba mi abuelo, presidiendo la mesa ovalada llena de comida y platos elaborados por ella.

—Te habrás pasado horas cocinando—,

—No te preocupes por eso—,

—Claro que me preocupo, no estas bien de salud abuela—,

—Anda siéntate ¿Cuánto hace que no comes en casa? Disfrútalo—.

Cubriendo toda la pared tras la mesa estaba el ventanal que daba al jardín, iluminando nuestros rostros y gran parte de la estancia llena de fotografías enmarcadas de diferentes momentos de la juventud de mis padres y sus hermanos. Una acogedora escena con la que rememoraba aquellos fines de semana en los que la familia se reunía cuando era niño.

Todo era un recuerdo de aquellos buenos tiempos en donde mi mayor preocupación era jugar con mis primos o ver que juguete me traería el abuelo del mercado. Con los ojos vidriosos me senté en el centro de la mesa, teniendo a dos personas muy queridas a mis lados para disfrutar de aquel manjar de ensueño.

Mientras me llevaba el tenedor a la boca divise la puerta a la izquierda del comedor, esta daba a un pasillo en dirección al cuarto de mis abuelos. El sonido de los cubiertos se alejó progresivamente de mis oídos, percibiendo unos pasos provenientes del otro lado de la puerta,

avanzando lentamente hacia nosotros.

La marcha cesó, no solo me percaté, ellos también dejaron los cubiertos en la mesa en cuanto la entrada se abrió lentamente hacia el interior del comedor. Inconscientemente agachamos la mirada, intenté alzar la cabeza sin éxito, no divisaba nada más allá del marco. El pasillo quedó inundado por una tétrica oscuridad, siendo el comedor la única estancia por la que la luz llegaba a la casa. El silencio se apoderó de la sala, escrutando por el rabillo del ojo unos largos dedos huesudos anclándose al marco, dando paso a una tétrica silueta oculta bajo un velo negro de ornamentaciones florales.

Aquella figura tan esbelta debía agacharse para entrar por la puerta, por poco alcanzaba el techo al enderezarse en el interior. Su largó vestido gris sujetó a la cadera por un cinturón de hierro decorado con pieza de obsidiana y una tela roja atada sobre su cintura delataban su extremada delgadez.

Sus hombros y pecho eran custodiados por un peto de hilo sobre el vestido, con una cruz escarlata bordada en el centro. El cúmulo de plumas plateadas que acolchaban su nuca y ocultaban su cabello no eran más que la antesala a un rostro tras una máscara de la más blanca porcelana, cuyas mejillas eran mancilladas por el rastro de lágrimas escarlatas que alguna vez brotaron de los ojos de aquella aterradora aparición.

Todos nos enderezamos en nuestros asientos mientras la imagen de aquella Virgen caminaba para posicionarse tras mi respaldo, plantándose entre la mesa y el ventanal eclipsándonos. Levantó sus delgados brazos, posando el izquierdo en el respaldo de mi asiento y el derecho en la mesa, justo entre mi abuela y yo.

No fue su fina piel gris ni las joyas negras que decoraban sus esqueléticos dedos, fue la marca del estigma atravesando el dorso de la mano lo que me petrificó, una cicatriz rosada y encarnada con forma de ojo de cerradura.

Se posicionó entre ella y yo, con las dos manos marcadas apoyadas en la madera varó el cuello hacía mí. Levanté la cabeza y nos miramos directamente a los ojos, mi corazón se detuvo al no distinguir nada tras la máscara, solo oscuridad. Volvió a girar la cabeza, pasó la vista por mi abuelo hasta clavarla en la mirada cabizbaja de mi abuela.

La Virgen le cedió su mano, ella la miró apesadumbrada, toda la alegría que desprendía hace un momento aquella anciana había desaparecido, como la de un niño aceptando a regañadientes un deber a acometer. Ella extendió su mano, acariciando sus dedos hasta llegar a la palma y palpar

la llaga en forma de cerradura.

Su rostro cambió gradualmente, ahora estaba calmada, incluso parecía haber vuelto a sus ojos un ligero brillo, no era sosiego, sino de aceptación, el rostro de una persona que debe aceptar un destino a pesar de querer renegarlo. La Virgen la levantó de su asiento, guiándola de la mano hasta el pasillo del que provenía, mi último recuerdo fue ver aquellos ojos castaños perdiéndose en las sombras mientras la puerta del comedor se cerraba tras ellas, en dirección al dormitorio.

Desperté súbitamente en mitad de la noche, sudoroso, los latidos de mi aterrado corazón presionaban mi pecho desde el interior, tenía grabado a fuego en mis retinas aquel rostro de porcelana blanca de franjas rojas y la mano de mi abuela acariciando aquel horrendo estigma. Mis ojos inyectados en sangre zigzagueaban entre los atriles y los cuadros, esperando a que aquella pesadilla se alzara entre ellos para llevarme con ella en un ensordecedor grito que despertaría al vecindario entero.

Las horas caían sobre mis parpados obligándome a conciliar el sueño, el agotamiento mental terminó derrotándome, obligándome yacer entre las sombras de mis obras.

Lo primero que hice al ver los primeros rayos de sol fue contactar a mis abuelos, necesitaba comprobar si estaban bien. Tras una promesa en la que juré ir a visitarlos el próximo fin de semana salí de mi cuarto, dispuesto a afrontar el día con la peor cara de agotamiento posible.

Tras dejar a mi hermano en sus clases de verano mi madre me llevó al centro para repartir currículums entre los negocios. — Menuda cara, no has dormido bien hoy ¿cierto? — Por unos instantes quise hablarle de la pesadilla de anoche, ¿cómo se suponía que iba a explicar una experiencia tan surrealista?

Antes de empezar la mañana decidimos tomarnos un momento para desayunar en una cafetería de la zona, por el devenir de la conversación terminé narrándole la escalofriante historia con el primer café. Esperando una reacción fuera de lo común por su parte, me sorprendió ver calma en su rostro, como si fuese una conversación con la que se topa todos los días.

— A eso se le llama sentimiento de pérdida hijo, el miedo a perder a alguien y saber que nunca vas a volver a verlo porque ha pasado a mejor vida... es una sensación que, creó, todas las personas experimentan al madurar, has tenido un sueño con la muerte —.

El amor es la compensación de la muerte, su correlativo esencial; se

neutralizan, se suprimen el uno al otro.

Arthur Schopenhauer

Capítulo 2

El Devorador de fe

No soy ningún dios, pero existo desde los albores del universo, tampoco un diablo, a pesar de dar forma a las perversiones de la mente. Soy el soberano del reino cultivado por vuestras maquinaciones más siniestras, y ahora, sus frutos vagan por vuestras tierras como falsos dioses a los que rezar... como falsos dioses a los que entregar vuestra cordura.

Cuando era pequeña todos los años acudía con mis padres a las procesiones de nuestro pequeño pueblo, no eran tan llamativas o extravagantes como en las ciudades, pero adoraba ver a los vecinos salir a la calle, contemplar a cargadores y penitentes honrando a la virgen y al cristo del pueblo.

Era algo que amaba de las religiones, su forma de unir a las personas, pero a medida que creces te planteas tus creencias, te tachan de mala niña por ser curiosa o no encontrar una explicación a las lecturas, la única respuesta que aclaró mi mente en mis peores momentos no fue por parte de la iglesia, si no de mi abuela.

“Dios nos hizo libres para elegir en que creer, para que nosotros seamos bajo nuestro juicio las mejores personas que podamos llegar a ser”. Aquellas palabras me siguieron hasta que pasó a mejor vida y me guiaron en tiempos de incertidumbre, fui alejándome del entorno cristiano, pero eso no me hizo mala persona.

Mis decisiones y mis buenos actos fueron los que me convirtieron en la mujer que soy ahora, pero tras esta macabra experiencia me di cuenta de las fuerzas que habitan más allá de nuestro mundo. Somos libres de decidir en que creer, pero las mentes débiles son incapaces de ver más allá de las mentiras, y el mal, disfrazado de cordero y acechante como lobo, acabará por consumirlas.

Aquel día recibí la llamada de un antiguo amigo del pueblo, se había hecho sacerdote, ahora predicaba en la iglesia donde íbamos a misa los domingos. Quedamos para tomar un café y me invitó a pasar un fin de semana allí, al parecer estaban organizando una reunión de los niños que se criaron en la villa para celebrar la próxima procesión de Semana Santa.

No era mala idea, volver a ver a los viejos amigos, revivir los recuerdos de la infancia, me vendría bien aquella reminiscencia, así que acepté. Al día siguiente preparé las maletas y después del trabajo cogí la carretera para

volver a mi antiguo hogar.

Al atisbar las primeras casas desde el camino de tierra me invadió la nostalgia, a medida que llegaba a la casa donde nos reuniríamos podía verme corretear con mis amigos por las callejuelas y bebiendo de la fuente, me sorprendió descubrir que donde nos íbamos a hospedar era la casa del antiguo alcalde.

Bajé del coche y miré al cielo, estaba nublado, quizás llovería dentro de poco, pero el agua no me impidió esbozar una sonrisa al ver tantas caras conocidas en aquella casa.

Nos reunimos un total de doce personas, charlamos sobre nuestras vidas durante horas, como el tiempo, a pesar de separarnos, nos trató bien, cuando quise darme cuenta mi amigo el sacerdote llegó a la casa. Con tanta chachara ni si quiera nos percatamos de que había empezado a llover, tuve que ver a mi amigo con los hábitos empapados para darme cuenta de la tromba que caía fuera. Al parecer se distrajo con los preparativos del evento de mañana y al volver se presentó la el diluvio, como vivía en el pueblo no le hacía falta coche para ir y venir.

Quiso que le acompañase a la planta superior, necesitaba ayuda para preparar las habitaciones mientras los demás hacían la cena, con los preparativos no tuvo tiempo de acomodar la casa, mientras él se aseaba yo adelanté trabajo.

Al terminar con la primera habitación mi amigo me llamó desde el baño pidiéndome sus zapatos, se vistió con camisa y pantalones negros, al fijarme en sus pies no pude evitar inquietarme. Estaban llenos de callos, cortes y vendas, perdió hasta el dedo pequeño del pie derecho. Le pregunté obre sus heridas —Fue un accidente con uno de los pasos, la cofradía y la parroquia llevan las procesiones a los pueblos del país para no perder la tradición, en uno de los viajes me calló la estructura de madera encima—.

Aquel proyecto me parecía entrañable, sobre todo el hecho de que tuvieran que mover las figuras y esculturas a otros pueblos para poder realizar la marcha. Deduje que aquello fue hace poco por la frescura de los golpes y las vendas ensangrentadas. Tal vez seria por su objetivo tan noble de perpetuar una tradición o simplemente por pena, quise ofrecerme a sanarle. En primera estancia se negó avergonzado, pero aceptó mi ayuda porque se le hacía doloroso tocarse los pies.

Llevé los medicamentos, lavé las heridas, apliqué una pomada y volví a vendar, tras agradecérmelo habló del gozo que le producía ver a todos de nuevo, respondí que se dejara de sentimentalismos y que disfrutáramos lo que quedaba de noche, a los pocos segundos nos llamaron, la cena estaba

lista.

A la mañana siguiente un putrefacto olor nos despertó, normalmente tras una noche de llovizna, sobre todo en el campo, recordábamos amanecer con un agradable olor a tierra mojada, pero esta vez nos sorprendió un hedor de aguas estancadas. Tal fue el malestar que muchos del grupo quedaron en cama enfermos. Fue verdaderamente extraño, pensamos que sería por culpa de la cena de ayer, pero la gran mayoría estábamos bien.

Sin darle más vueltas salimos de la casa, dejando a varios amigos en la casa. La alegría de volver a nuestro hogar nos impidió ver la realidad, al igual que las personas, el pueblo también había envejecido, no precisamente para bien.

Muchas casas estaban abandonadas o medio en ruinas, las calles plagadas de un asqueroso musgo marrón verdoso que procurábamos no pisar, lo que antes era un lugar de casi 200 habitantes se había convertido en un nido de sapos, culebras, ratas y animales cenagosos típicos de los más profundos y oscuros pantanos.

Al llegar a las puertas de la iglesia nuestro amigo sacerdote nos pidió que fuéramos a la parte trasera, desde allí comenzaría la procesión además de invitarnos a asistir a la misa de después. mientras muchos se planteaban quedarse a comer nos dirigimos tras la iglesia, encontrando una imagen bastante deprimente.

Las acumulaciones para ver a la Virgen María y la imagen de Jesucristo crucificado habían quedado en el pasado, de aquella lustrosa imagen solo dos parejas ancianas permanecían en el pueblo, ninguno reconocimos a los matrimonios, a los pocos minutos el portón trasero se abrió, dando comienzo a la procesión.

De todo lo visto hasta ahora, los pasos y las esculturas era lo único que parecía mantenerse impoluto. Nuestro amigo encabezaba la marcha, con un estandarte rojo donde podía verse el símbolo de la cruz, tras el cuatro penitentes portaban grandes velar posicionados a las esquinas del paso, cubierto por un telar rojo donde flores y velas adornaban la escultura de la Virgen sosteniendo el cuerpo del hijo de dios fallecido.

Los ancianos y nuestro grupo seguimos la caminata por todo el pueblo, a cada paso notábamos el nerviosismo y la inseguridad entre nosotros. Literalmente nadie salía de las casas a contemplar el espectáculo, solo escuchábamos nuestras pisadas y el chirriar de los tablones del escenario que los feligreses cargaban. Algunos barajaban la idea de que el pueblo estaba totalmente deshabitado, a excepción de los ancianos, los cargadores y nosotros.

Venciendo mi incomodidad decidí acercarme a una de las ancianas, vestida con traje de mantilla negro y un velo tapando su rostro mientras rezaba con su rosario.

—Debe ser duro ver el pueblo así después de tantos años — dije a la señora — Si hija, pero no pasa nada, todos nuestros vecinos ahora están reunidos con El Señor, han pasado a formar parte de él y tarde o temprano todos lo haremos — respondió alzando la vista, distinguiendo entre el velo sus arrugadas facciones, una nariz aguileña y las cataratas en su ojo derecho que eclipsaban una mirada de ojos oscuros sin vida.

Su respuesta me dio escalofríos, me alejé de ella y continué la marcha solo para detenernos de golpe, un fuerte crujido seguido de un zarandeo violento de la estructura nos sorprendió. Algunos compañeros se aproximaron para comprobar lo sucedido, uno de ellos dirigió la mano al velo que cubría el paso para comprobar el estado de los cargadores, la tosca voz de un penitente lo hizo retroceder.

— ¡Tu, aléjate! — gritó el penitente — Tranquilo tío, solo voy a ver si los de ahí abajo están bien — respondió sujetando la robusta tela para levantarla. —Ya me asomé, tranquilo, todo está en orden, sigamos — interrumpió el sacerdote acercándose como alma que lleva el diablo, de un disimulado manotazo apartó sus dedos del telar. el sacerdote volvió a liderar la marcha mientras volvíamos en comitiva comentando lo sucedido, una incomodidad que se tornó en miedo cuando regresamos a la iglesia.

Abrieron las puertas para concluir la marcha en la nave principal, recibiendo una tétrica sorpresa al vislumbrar el interior. Los bancos no se orientaban hacia el altar, si no que formaban un círculo dejando un pasillo hacia el centro de la sala, dándoles la espalda a las figuras religiosas que reposaban en el retablo.

Tras la fachada del edificio santo que parecía mantenerse firme e impoluto se escondía un interior horrendo, de pintura desconchada y humedades donde nacía aquel musgo que invadía todo el pueblo, carcomiendo paredes, cuadros y frescos. Lo único que iluminaba aquel lugar eran algunas velas y la luz del exterior que entraba por las ventanas.

— ¿Queréis acompañarnos en la misa? — preguntó el sacerdote mientras penitentes, el paso y los dos matrimonios entraban a la iglesia. Las miradas nerviosas volaban entre nosotros — No le vendría mal una mano de pintura a la iglesia — comentó una voz de nuestro grupo, a quien dirigimos la mirada tras su inoportuna ocurrencia. Algunos pusieron la excusa de que era tarde y que, si queríamos comer allí, tendrían que empezar a preparar la comida para todos, otros querían comprobar el estado de los enfermos y unos directamente se negaron. Solo dos amigos y yo nos quedamos para el sermón, entramos a la iglesia y nos sentamos,

viendo al resto marchar mientras cerraban las puertas.

El escenario donde descansaba la figura de la virgen y el cristo estaba colocado en el centro del círculo que formaban los bancos, mis dos amigos y yo nos colocamos en el lateral izquierdo, dos de los penitentes en el derecho y los dos matrimonios frente al paso. El sacerdote fue al altar y los penitentes restantes se colocaron cada uno a un lado de la estructura, nerviosos y deseosos de salir de allí el sacerdote dio comienzo al sermón;

—En pie... El Señor este con vosotros —,

— Y con tu espíritu —,

—Gloria a Dios, en el cielo, y en la tierra, en paz a los hombres que ama el Señor. Por tu inmensa gloria te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias, Señor Dios, Rey celestial, Dios Padre todopoderoso. Señor, Hijo único, Jesucristo, Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del padre, tú que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros, tú que quitas el pecado del mundo, atiende a nuestra súplica, tú que estás sentado a la derecha del Padre, ten piedad de nosotros, porque solo tú eres Santo, solo tú Señor, solo tu Altísimo, Jesucristo, con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre, Amén. Podéis sentaros—.

Todos obedecimos, menos una anciana que permaneció en pie frente al escenario, su marido intentó retenerla para regresarla al asiento, pero con una mirada piadosa de su esposa el hombre cedió. Aquello nos pareció sospechoso, aún más cuando los penitentes levantaron la tela de la estructura frente a la mujer.

— Oren, hermanos, para que este sacrificio, mío y de ustedes, sea agradable a Dios, Padre todopoderoso — Todos, excepto la anciana en pie, seguimos la oración mientras los tablones de madera crujían. —El Señor reciba de tus manos este sacrificio, para alabanza ...— mis amigos y yo nos detuvimos mientras la oración seguía, horrorizados ante el inmenso y delgado brazo venoso, de dedos huesudos y piel oscura, portando un brazalete de espinas en la muñeca, acechaba a la anciana saliendo al exterior desde la escena.

La mujer fue brutalmente aplastada por la gigantesca palma, que arrastró el amasijo de carne y huesos bajo los restos del vestido al interior del paso, la sangre nos salpicó a todos, arrancándonos gritos de horror.

— ¡¿Qué cojones fue eso?! —exclamó uno de nuestro grupo — El sacrificio —respondió uno de los penitentes sin inmutarse. — ¡¿A quién?! ¿¡A qué!? ¿¡Qué coño hay ahí abajo!? — preguntó mi segundo acompañante al sacerdote, quedé paralizada ante aquel suceso, sin importarme el hilo de

sangre de aquella mujer recorriendo mi mejilla.

No pude apartar la vista de la mancha en el suelo, entre los gritos de pánico se escuchaban unas fauces masticar bajo las maderas, un sonido desagradable que se volvió quejumbroso algo intentara escapar bajo el telar a rastras.

Mientras aquel ser inhumano se dejaba ver, el sacerdote esbozaba una macabra sonrisa;

—Nuestro señor Jesucristo, que dio su vida por nosotros para darnos el perdón por nuestros pecados, ahora se encuentra entre los vivos, débil por los males que asolan la tierra, y nosotros, pecadores por los que dio la vida, seremos quienes le devolveremos sus fuerzas—. La criatura se dejó ver, se enderezó, mostrándonos su espalda llena de cicatrices y marcas de fustigación, giró hacia nosotros, grité ante aquella criatura salida de los abismos más oscuros del infierno.

Era gigantesco, de una delgadez enfermiza, ninguno de los presentes llegábamos a la altura de su cintura. Su rostro recordaba a las imágenes que conocíamos de Jesús, pero sus facciones eran más estiradas y venosas, cabello greñudo y una barba alborotada teñida de la sangre de su víctima, al igual que sus dientes amarillentos.

Sus ojos se tornaban blancos y su corona de espinas era reemplazada por cuatro filos de metal, formando una corona de hierro incrustada en su cráneo. Sus largos brazos llegaban hasta el suelo, aprisionados por aquellos brazaletes de espinas que alguna vez lo retuvieron en los infiernos de los que nunca debió haber escapado. Parte de sus piernas estaban ocultas bajo una toga roja y polvorienta, con el símbolo de la cruz colgando de un trozo de tela dorado, descalzado se acercó a nosotros, alzando las manos para predicar.

— Hijos míos — de sus adentros resonaban cientos de voces casi al unísono, el marido de la mujer asesinada, el segundo matrimonio, los penitentes, incluso nuestro amigo sacerdote se reunió, postrándose ante aquella encarnación distorsionada del mesías. —Yo Jesucristo, hijo de Dios, padre todopoderoso, he regresado una vez más de entre los muertos para traer la paz a este mundo... —.

Mientras el ser blasfemo daba su sermón, mis compañeros y yo buscábamos una forma de escapar del lugar que no fuera el portón principal, pues ninguno de nosotros estaba dispuesto a pasar al lado de la bestia. —... mi cuerpo mortal ha sido corrompido, pero mi alma se mantiene pura como la vuestra, el demonio asola vuestros hogares y vuestras tierras, el mal y el pecado que azotan este mundo es tan grande

que me impide resucitar en mi totalidad... —.

— ¡Por aquí! — exclamó Andrés intentando abrir la sacristía, por desgracia, la llave de esta la tenía el sacerdote.

—... la salvación está en vuestras manos ...— continuaba mientras intentábamos abrirla,

—... hijos míos, vosotros, hechos a mi imagen y semejanza, vosotros, que sois parte de mi ...— aquella abominación estiró lentamente el brazo hacia nosotros, los feligreses siguieron su esquelético dedo, clavando sus miradas en nosotros.

—...entregadme mi cuerpo y mi sangre ...— aquellas últimas palabras levantaron a sus sectarios, quienes se abalanzaron sobre nosotros sin dudar.

Mis amigos abrieron la puerta a embestidas, logramos entrar a la sacristía antes de que nos alcanzaran, intenté cerrarles el paso, pero al forzar la entrada con tanta brutalidad rompieron el cerrojo. — ¡Aparta! — ordenó Andrés intentando echar abajo una estantería llena de libros y reliquias religiosas para bloquear la puerta. Le ayudé, juntos conseguimos bloquear la puerta con aquella madera maciza antes de que atravesasen el marco.

La sala era rectangular, la pared frente a nosotros estaba dotada de dos ventanales, Tomás intentó romper uno de ellos lanzando la silla del sacerdote repetidas veces, no logró ni quebrar el vidrio. — ¡Me cago en dios! ¡ven y ayúdala, déjame a mí! — exclamó Andrés empujando la estantería contra la puerta, cambiaron posiciones, le bastó un único lanzamiento para romper el ventanal. — ¡Esperad! — dijo lanzando la silla una vez más para abrir un hueco mayor, pero el pánico pudo con Tomás.

Al divisar el exterior Tomás no dudo en dejarme sola reteniendo a la horda de feligreses que arremetían cada vez con más fuerza. — ¡Rápido levántame! — el ventanal estaba demasiado alto para alcanzarlo de un salto, necesitábamos la ayuda de alguien o algo para elevarnos.

— ¡Te dije que esperaras, coge la mesa rápido! — ordenó Andrés volviendo en mi ayuda, habían logrado separar por completo la puerta del marco a base de embestidas, lo único que impedía que esta callera era la estantería.

— ¡Daté prisa joder! — grité viendo por el rabillo del ojo algunas manos cruzando el hueco entre la puerta y el marco. Tomás arrastró la mesa del cura y la pegó a la pared bajo la ventana, sin mirar mucho por donde iba se llevó varios cortes en el brazo y las piernas hasta que logró escapar de la iglesia para correr a avisar a los demás, sin percatarse de que el portón

principal estaba abierto.

— ¡Sal primero, aguantaré un poco más! — dijo Andrés — ¡Te van a mataran! —respondí — ¡Cállate y corre, iré detrás de ti! — insistió. Seguir con la discusión era estúpido, corrí hacia la mesa a toda velocidad mientras escuchaba sus quejidos de esfuerzo. Sentí los fragmentos de vidrio clavándose en mis palmas y cortando mis piernas mientras atravesaba el ventanal, logré llegar al exterior, esperándole angustiada.

Tras un estruendo vi el rostro de Andrés, al aproximarse al marco apartaron la mesa desde el otro lado. Andrés se precipitó hacia el vidrio astillado, un grito escapó de mis labios al ver un fragmento atravesando su mandíbula en la caída, una vez más quede petrificada mientras aquella imagen calaba en mis retinas. — Avisa al resto — Pude oírle mientras se ahogaba en su propia sangre, volví en mí, con lágrimas de impotencia corrí a reunirme con los demás — ¡Cogedla, no podemos dejar que la encuentre! — ordenó el sacerdote a los seguidores de aquella abominación.

Ocultos, bajo el hueco de la escalera y tras la barra de la cocina, Santi y Juan podían oír los quejidos de su amigo Felipe siendo devorado vivo por aquel Cristo monstruoso que irrumpió en la casa desde el piso de arriba, desperdigando extremidades y vísceras de sus amigos a su paso.

El estruendoso masticar del falso mesías cesó, Santi escrutó entre los escalones, pero fue Juan quien distinguió al final del pasillo aquella silueta encorvada salir del salón, tan alto que debía que desplazarse a cuatro patas para no golpear el techo.

Ambos volvieron a la posición inicial, a Juan se le heló la sangre al escucharlo subir los escalones encima de él, el chirriar de los tablones de madera alejándose les permitió entablar contacto visual desde sus escondites. Frente a los escalones estaba la salida y junto a esta el colgador de llaves, la mirada de Santi bastó para que Juan comprendiera que debía ser el primero en coger la llave de alguno de los coches y huir, sin embargo, la puerta estaba cerrada y el temor a que lo delatasen las bisagras o el titilar de los llaveros le hacía recular. Santi estaba en la cocina, lo único que lo separaba de su amigo y la salida era un recto pasillo, ambos estaban aterrados, sabían que tarde o temprano daría con ellos, si querían salvarse alguien tendría que tomar la iniciativa.

Antes de lanzarse al pasillo Santi lo comprobó minuciosamente, había un par de puertas abiertas que daban al baño y la despensa, en caso de peligro podría ocultarse tras ellas, además el peso de la bestia era tal que sus pisadas le permitían saber en qué parte de la planta superior se encontraba. No había peligro, a pesar de que Juan insistía en que no se moviera Santi salió de su escondite dispuesto a escapar de aquella

pesadilla.

Con pies de pluma avanzó por el pasillo, agudizando sus sentidos para no perder ninguno de los movimientos de aquel demonio, entre el crujir de los tablones distinguió un débil hilo de voz proveniente del salón.

—Ayudadme por favor—, Juan no se molestó en comprobarlo, pero Santi vislumbró a Felipe arrastrándose desde el interior del salón con ayuda de su brazo derecho, pues el izquierdo había sido parcialmente desollado.

Su ropa raída y ensangrentada dejaba a la vista los mordiscos de la bestia, cuando alzó la mirada Santi quedó aterrado al descubrir que Felipe había perdido la mejilla izquierda de un voraz mordisco, dejando al descubierto sus encías y dientes rotos tras el ataque. —Por dios ayúdame — alcanzó a decir, los pasos en la planta superior resonaron sobre sus cabezas a gran velocidad en dirección a las escaleras. Saliendo de su tétrico asombro, a sabiendas de que no podía hacer nada por él, Santi se ocultó tras la puerta de la despensa oyendo los gritos de las voces del Cristo abalanzándose sobre Felipe. Sus auxilios cesaron cuando lo arrastró devuelta al salón entre el crujir de cientos de huesos rompiéndose.

Las lágrimas inundaron los ojos de Juan mientras devoraban a su amigo, por culpa de aquella interrupción ahora moverse era más arriesgado. A menos que regresara al piso de arriba si alguno de ellos movía el más mínimo músculo podrían perder la vida en el intento. Santi estaba muy cerca de la puerta, justo en frente tenía el marco hacía el salón, entre la incertidumbre y el miedo a ser devorado Santi decidió continuar esperanzado en que aquel monstruo estuviera distraído masticando, pero un destello de luz detendría el pavoroso latir de sus corazones en seco.

Tomás abrió la entrada, atónito ante la sangrienta escena —Santa madre...— dijo entrando por la puerta hasta situarse frente a las escaleras, entre el pasillo a la cocina y la entrada al salón. Giró la cabeza encontrando a Santi paralizado en el pasillo, percatándose del enorme error que cometió al atravesar esa puerta. Las pisadas volvieron a escucharse tras Tomás, al darse la vuelta se encontró cara a cara con el diabólico Cristo sujetando con sus dos manos el cuerpo decapitado de Felipe, mordiendo su brazo izquierdo mientras contemplaba a Tomás y Santiago con aquellos ojos blancos.

De un mordisco cercenó el miembro y lo ingirió sin siquiera masticarlo, dio unos pasos al frente, obligando a retroceder a los dos hombres incapaces de apartar la vista de aquella divinidad.

—Hijos míos, sed testigos del regreso de vuestro salvador...pronto volveréis a ser parte del reino de los cielos... volveréis a ser parte de mi — dijeron las voces mientras sus fauces segregaban enredaderas de espinas, antes de que poder reaccionar las raíces se proyectaron a bocajarro desde sus fauces, atravesando el cráneo de Tomás en múltiples trayectorias.

Santi liberó un escalofriante grito al ser alcanzado por la sangre, cayendo al suelo atónito mientras las raíces llevaban el cadáver hasta aquel pozo hambriento de almas que no parecía tener fin. Entre los gritos de pánico de Santi podían oírse las enredaderas quebrando el cuerpo, destrozando la carne para que aquel monstruo que decía ser Jesucristo pudiera tragar sin molestia. Desde su escondite Juan podía ver el rostro de Santiago, lacrimoso y deformado por el miedo.

Cuando acabó con Tomás supo que él era el siguiente, Santi se puso de rodillas y cruzó sus manos en posición de rezo - ¡POR FAVOR! ¡Por favor o Jesucristo todo poderoso, tú que curas el alma y perdonas todos mis pecados te lo ruego, por favor no me mates! ¡Siento todos mis malos actos y pensamientos impuros, te lo ruego, TE LO RUEGO POR FAVOR NO ME MATES! – deliraba suplicando por su vida. La bestia se puso en cuclillas frente a él, dispuesto a alzar su brazo derecho cuando en un fugaz movimiento giró el torso, lanzando sus lenguas de madera ensartando el pecho de Juan, que intentó escapar aprovechando la situación. Mientras Santiago lloraba aterrado el Cristo devorador de hombres recogió sus lenguas para volver a su posición inicial.

Posó su gigantesco brazo derecho entre el hombro y el cuello del inocente, — No llores hijo mío, veo a través de tus ojos tu alma arrepentida, veo tus bondadosos y pecaminosos actos... — predicaba mientras partía la clavícula del hombre, perforando su cuello con el dedo pulgar, —... pero yo Jesucristo, en mi infinita misericordia, perdono todos y cada uno de tus actos y te absuelvo, en el nombre del padre, del espíritu santo y en mi nombre — finalizó abriendo sus fauces, aproximándolas al rostro de un hombre tan asustado que ni voz poseía para exhalar su último grito de desesperación.

— ¡No podemos dejar que escape, nuestro señor la necesita para purificarse! — escuché al anciano cuya esposa fue asesinada por el ídolo al que adoraba, intenté con todas mis fuerzas llegar a la casa, cuando estaba a un par de calles oí los gritos de mis amigos siendo asesinados. Caía la tarde, pronto llegaría la noche, debía alejarme todo lo posible y pedir ayuda, cobertura, alcanzar la carretera, cualquier cosa con tal de escapar de los feligreses, penitentes y el sacerdote al que creía mi amigo.

Me adentré en el bosque sin pensarlo, mis pasos se perdían entre las voces de mis perseguidores, solo oía los latidos de mi corazón y mi respiración, la cabeza me palpitaba mientras mi visión se volvía borrosa a mis laterales, distinguiendo manchas de tonos verdosos que se desvanecían a medida que el sol se ocultaba entre las montañas.

Angustiada, sin saber a dónde ir ni por donde pisaba me precipité por un terraplén, acabé tendida en el suelo frente a un árbol, a media que me recomponía mi vista se fue recuperando. Distinguí un serpenteante tronco, cientos de ramas sin hojas y unos pies con sandalias ondeando

con la brisa.

Aparté la mirada, el corazón se me aceleró aún más al escuchar sobre mí una ahogada voz susurrando mi nombre, con ojos lacrimosos me dispuse a alzar la mirada. Encontré unos pies ocultos tras una toga negra, brazos ensangrentados por monedas incrustadas en carne viva, hasta encontrar un rostro barbudo de cabello largo de ojos y parpados inexistentes, sustituidos por dos áureos dorados.

Quedé tendida en el suelo temblando, sin entender como el cadáver ahorcado pronunciaba mi nombre, por algún motivo, quizás miedo, no podía apartar la mirada de las monedas que remplazaban sus globos. El cuerpo levantó su brazo izquierdo, señalando una dirección, seguí su dedo, en la distancia una débil luz amarilla. Sin saber porque, y mucho menos si sería lo correcto seguir las indicaciones de un ahorcado, me dirigí hacia aquel destello para encontrar una posible salvación.

Aquella luz pertenecía al farolillo de una casa apartada del pueblo, temerosa me acerqué a uno de los laterales, me asomé por la ventana, por increíble que pudiera parecer la casa estaba a oscuras. Tras comprobar que no había peligro rompí una de las ventabas de la entrada, la abrí desde dentro y accedí al oscuro salón.

La noche me alcanzó y mi teléfono estaba casi sin batería, no podía permitirme quedarme a oscuras allí, arriesgándome a ser detectada avancé hasta el garaje de la casa, busqué el interruptor de la luz, al prender las luces no pude evitar esbozar una sonrisa al encontrar no solo las camionetas y furgones que utilizaban para transportar los pasos, sino también las llaves sobre una mesa de madera dentro de una concha de plata.

— ¿Te gusta mi casa? — escuché al sacerdote tras de mí, grité impresionada, en un intento por golpearle acabé en el suelo de un empujón.

—Sabía que te traería hasta aquí, intentó convencerme de que seguir la palabra del hijo de Dios era una locura — dijo acercándose a mí de amenazante

— ¡Maldita sea Mateo, todo esto es una locura! ¡has matado a todos tus amigos y se los has dado de comer a... a ese monstruo, ESE DEMONIO! — exclamé a la altura de sus pies.

El sacerdote avanzó hacia mí con una mueca iracunda, intenté levántame, pero se hecho sobre mí tras un segundo empujón. Quise golpearle con mis piernas, colocándose entre ellas para asestarme golpes en la cara y el estómago. — ¡RETIRA TUS PALABRAS PECADORA! — gritó, antes de recibir el siguiente ataque le arañé la cara a la altura de los ojos, distraído

por el dolor logré zafarme y enderezarme. No pude alcanzar las llaves sobre la mesa cuando me alejó de un manotazo en la cara, cuando recobré el sentido me encontraba entre la puerta de la furgoneta y su cuerpo presionando con fuerza mi espalda.

Sentí sus manos agarrándome del cuello, intentaba estrangularme — ¡No te das cuenta! ¡Cristo ha regresado de entre los muertos, esta vez para eliminar el mal del mundo! ¡pero esta débil y nosotros sus hijos debemos corresponderle! ¡HEMOS DE DEVOLVERLE SU CUERPO Y SU SANGRE! — farfullaba aquellas excusas de sectario loco mientras presionaba su cuerpo contra el mío impidiéndome huir. Casi al borde de desmallarme le asesté un cabezazo con el que logré liberarme, me apoyé mareada en la mesa de madera intentando recuperar el aliento, lástima que el padre Mateo sacó fuerzas antes que yo.

—Deberías alegrarte María, pronto formarás parte del hijo de Dios, que digo, ¡MUY PRONTO TU ALMA SE REUNIRÁ CON EL CREADOR! —. Se lanzó al ataque una última vez, antes de que me alcanzase sostuve la concha de plata ente mis manos, sin ningún miramiento cargué con el filo en dirección a su garganta. Atravesé la tráquea, la concha bautismal se desbordaba con su sangre mientras su rostro moribundo se grababa en mis retinas. No me molestó en extirpar el metal, busqué las llaves mientras se desangraba en el suelo. La encontré, logré abrir el garaje, encender el motor de una de las camionetas y salir en dirección a la autopista.

Debía volver a la entrada del pueblo para llegar a la carretera, en la pasada divisé algunas de las casas incendiándose, entre las llamas aquel Cristo demoníaco se alzaba, bendiciendo a los habitantes que le rezaban y danzaban a su alrededor. Lágrimas de horror se cargaban con los restos de sangre de mis mejillas, recorriendo mis facciones al contemplar el aquelarre. El gigantesco Cristo se torció hacia mí, inmóvil estiró su torso, gracias a los focos divisé la marca que demostraba su falsa divinidad. La cicatriz de la lanza que atravesó su costado al ser crucificado era reemplazada por el ojo de una cerradura. Hurgó el mismo en la llaga, extrayendo un objeto de metal, una llave. Volviendo a mí ser aceleré, escapando para no volver al lugar que una vez fue mi hogar.

Me deshice de toda la ropa ensangrentada en la chimenea casa, a los pocos días se dio la noticia de una villa y hectáreas de bosque calcinadas por completo a causa de un incendio en el que desaparecieron doce personas. Como era de esperar la policía llamó a la puerta, me reuní en comisaría con algunos de los familiares de mis amigos para explicar cómo era posible que nos reuniéramos en aquel lugar y solo yo regresase con vida, pues muchos de los allegados sabían de la reunión que tuvo lugar el mismo día del incendio.

En un primer momento mentí, declaré que no tenía ni idea de cómo se originó el fuego, nos sorprendió durante la madrugada y cuando nos percatamos las llamas habían engullido gran parte del pueblo, al intentar escapar de las llamas solo yo salí con vida. Sin embargo, había dos pruebas que desconcertaban a los investigadores, como era posible que no aparecieran los cuerpos, que no presentara quemaduras, y que hubiera vuelto con aquella camioneta, la cual pertenecía al sacerdote del pueblo que también pertenecía a nuestro grupo, también estaba desaparecido.

La situación se iba de las manos, a medida que pasaban los días me notaban nerviosa en casa y el trabajo, asustada por las posibles incriminatorias por lo sucedido. Como iba a explicarles que un demonio se comió a mis amigos y que unos sectarios casi me asesinan, por suerte, en un momento de desesperación tuve que inventarme una historia absurda, aunque posiblemente creíble.

Durante los interrogatorios alegué que el sacerdote Mateo y yo teníamos una relación y la noche que nos reunimos en el pueblo yo estaba en su casa apartada de la zona, dando así una levé deducción sobre como regresé con su furgoneta, en la que, también añadí, ayudaba a cargar y a preparar las procesiones que llevábamos a los pueblos cercanos.

En un intentando por mostrar mayor tristeza por las perdidas dije a los agentes que también era yo la que le curaba las heridas de los pies tras un accidente en el que una escenografía casi lo aplastó.

A primera instancia los agentes no me creyeron, hasta la misma prensa se enteró de esto y dio a conocer esta historia surrealista que me estaba montando, convirtiéndose en un escándalo público. La investigación continuó, dando con el parte médico de las heridas del sacerdote que mencioné, lo que no tenía explicación fue como salí yo sola con vida y en aquel auto si supuestamente estaba reunida con el resto de mis compañeros.

Teatralizando mis acciones, intentando fingir una tristeza y dolor despavorido los convencí, a pesar de que lo quería, me fustigaba por no ser una cristiana devota, esa misma noche en la que nos vimos en su casa intentó violarme y matarme, por suerte logré dejarlo inconsciente y huir del lugar, algo que justificaba las heridas en mi cara, las marcas de dedos en mi cuello y los cortes de cristal en mis manos, los cuales oculté hasta ese momento.

Cuando la nueva información se dio a conocer miles de torvas se volcaron en mi sufrimiento, martirizando al sacerdote y a la iglesia. La policía siguió la pista hasta la casa de Mateo, también calcinada por las llamas y en la que tampoco se encontraron gran cosa, ni siquiera la concha bautismal. Claramente algo no les encajaba a los investigadores ¿por qué mentí en primera instancia? Yo misma les respondí — ¿Qué creían ustedes que

pasaría si decía que una mujer estaba liada con un sacerdote? —.

Poco a poco el caso iba dándose por sentado, la única incógnita que quedaba era la desaparición de los cuerpos y por qué no intenté rescatarlos, bastó con decir que quedé en shock, la impotencia ante la situación y lo que estaba viviendo me empujó a escapar por simple pavor, desviando por completo la relación que pudiera tener el origen del incendio conmigo y mi grupo.

El caso se abandonó por falta de pruebas, finalmente, acabé como una víctima más de la cara oscura de la Iglesia, como una mujer a la que un sacerdote sedujo para satisfacer sus caprichos a ojos de la sociedad. Claramente muchos me martirizaron, se apiadaron de mí y el típico debate que se da hoy día por este tipo de casos, al final del día, se acabó olvidando como si nada hubiera pasado. Solo yo conocía lo sucedido, aquel demonio se hacía pasar por el Mesías y aun vagaba por la tierra, buscando a incautos que creyeran sus mentiras para llevárselos a la boca.

¿Durante cuánto tiempo ha estado devorando y vaciando los pueblos?
¿Cómo lograba engañar con aquellas promesas a las personas? Aquellas incógnitas fueron desapareciendo en mi memoria conforme regresaba a mi vida. Pasaron los años, por increíble que pudiera parecer volví a tener un encontronazo con aquel monstruo en el telediario.

La noticia de una antigua obra de arte desconocida apareció entre los restos de una galería abandonada, la representación era la de una siniestra virgen con manto negro y enmascarada, con un rostro de porcelana y lágrimas de sangre, sosteniendo a aquel Cristo moribundo con un corazón en la mano, sobre ellos una paloma negra sobrevolaba sus cabezas.

No crean a cualquier espíritu, sométanlo a prueba para ver si es de Dios, porque el mundo está lleno de falsos profetas...

Juan 4:1-6

Capítulo 3

La llave del caos

Parte I

Contra las leyes que rigen vuestra existencia... contra cualquier destino predicho por los oráculos, el último escriba ha sido elegido. Libera tu juicio de las cadenas de este mundo y forja sobre las puertas a sus dominios... hasta llegar a mí.

Madrid, 1992

Podía sentirlo, las miradas de la galería petrificadas ante mi última obra maestra, fijas en la figura de aquella oscura virgen enmascarada sosteniendo al hijo de Dios, pútrido y fustigado, el cuerpo irreconocible del salvador de la humanidad castigado por el mal de sus protegidos, por los que dio su cuerpo y su sangre. Dirigí la vista hacia mis compañeros atónitos, a los que interrumpí en medio de sus explicaciones a los interesados en sus cuadros. Angustiado ante el silencio y las muecas de extrañez distinguí a una figura femenina acercándose entre la muchedumbre.

Los largos rizos oscuros de su melena serpenteaban entre el resto de visitantes a su paso, cubriendo sus hombros de tez morena, su brazo izquierdo lucía una pulsera zíngara de monedas de oro, sus pantalones acampanados de cuero, corset bajo y blusa blanca con volantes atraían la mirada de los varones.

— Así que este es el último trabajo del mexicano de Los Lazaros — pronunciaron sus labios tintados del color de la uva roja,

— En efecto, señorita Acosta — respondí llevándome las manos a la espalda,

— Una visión aterradora, a la par que “distorsionada” de la Virgen María y Jesucristo, la reacción de la sala me ha dejado claro lo que pretende transmitir, pero ¿Cuál es la idea de la que surgió esta oscura escena? —.

— Verán, muchos a lo largo de este vasto mundo han usado a Dios como justificación a sus atrocidades, manchando el nombre de Cristo, convirtiendo su imagen en un ser aterrador, es ahí de donde comencé para mi obra. Un Dios moldeado por los injustos, y una virgen María oculta tras una máscara, escondiendo el daño que los humanos hacemos a

la imagen del todopoderoso —.

— ¿Es consciente de que no todo el mundo cree en las sagradas escrituras? Hay muchas personas que no conocen la palabra del señor — añadió con la atención puesta en el cuadro,

— En nuestra sociedad dudo mucho que lo desconozcan, señorita Acosta si algo he aprendido en esta vida es que la religión es la base de la cultura, a pesar de que hoy día no haya tantos creyentes como antes, todos podemos aprender de dios, y todos podemos usarlo en nuestro beneficio —.

— Entonces, si no entiendo mal, cualquiera puede entrar al rebaño de dios y cualquiera puede usar su palabra con impunidad para justificar sus actos, manchando no solo la imagen del cristianismo, sino también a aquellos que le siguen por pura fe —,

— Pueden seguirlos por fe, por la obligación de la tradición, hay mucho de lo que reflexionar —.

— Me parece que el pensamiento inicial que lo inspiró para su obra es mucho más ilustrativo, incluso filosófico, que el mismo cuadro, señor Díaz — añadió desviando su mirada hacia mi persona,

— Para eso estamos mis compañeros y yo presentes hoy, para explicar nuestras obras, usamos el arte no solo para transmitir emociones, también pensamientos e ideas —.

Su mirada de ojos verdes se colaba por mis retinas, enroscándose en mi corazón, su presencia, su voz, su pensamiento y lenguaje reflexivo, su caminar, incluso su nombre, Drina Acosta, a pesar de llevar tres años en pareja, seguía cautivándome como el primer día. Los presentes regresaron a sus obras de interés y mis compañeros a sus qué aceres al terminar aquella platica, momento en el que Drina se acercó para hablar en privado.

— Parece que ha ido mejor de lo esperado — dije al ver a varios interesados aproximándose al cuadro,

— Creía que no tenías permiso de mi padre para colgar ese cuadro Ángel — recordó Drina,

— Cierto, respecto a eso... —

— ¡Apártense! — exclamó una gruesa voz abriéndose paso entre la multitud alrededor de la obra.

— Solo una norma Ángel iquita el cuadro de ahí! — exigió Farid, un argelino que, al igual que yo, logró llegar a España buscado dedicarse al mundo del arte, encontrando a nuestro mecenas.

— Tranquilo, esta todo... — ni me permitió acabar la frase, Farid me agarró del brazo y me llevó al almacén donde guardábamos el resto de obras.

— ¿Te has olvidado de los hombres que andan por aquí? Nada de imágenes religiosas en la galería —,

— Será solo por hoy, esta noche el señor Acosta me ha dado las llaves, antes de cerrar lo quitaré —.

— Solo sabes llamar la atención, como los de la bandera del pájaro negro se enteren... —,

— No tienen por qué enterarse, ni ellos ni el señor Acosta, escuchaste —.

Intercambiamos miradas recelosas, nos conocíamos lo suficiente para saber que le costaba guardar un secreto, pero ser el único capaz de venir para recordarme las normas dejaba clara su preocupación por nuestro grupo de artistas. Esta era una de mis obras más atípicas, miedo, tristeza, reminiscencias de mi pasado me invadieron mientras la elaboraba, como si alguien hurgase en los recuerdos de mi vida y los utilizase para tomar mis manos al dibujar.

Era algo imposible de explicar, sentía la necesidad de mostrarla al mundo como a un hijo, algo que nunca había sucedido con el resto de mis obras. — ¿Vais a dejar de discutir por ver quién es el niño bueno de papá? — nos interrumpió Drina — No tiene pinta de que esa panda de extremistas pase por aquí, nuestra gente los tiene bien vigilados, Ángel, por tu bien y el de Los Lazaros, no queremos ver ese cuadro aquí mañana, entendido, y da gracias a que nadie le cuente a mi padre —.

Asentimos sin pronunciar palabra, ambos sabíamos de antemano que no era buena idea contradecir a la futura “señora Acosta” — Bien, Farid, tienes a un grupo en tu espacio, ve a hablar con ellos y convéncelos de que te compren algo —. Mi compañero regresó a atender a los clientes, no sin antes lanzarme una mirada de desaprobación;

— En cuanto a ti... te veré con todos en bar cuando acabes — dijo con un suspiro de agotamiento,

— De acuerdo, no creo que tarde mucho en limpiar y retirar el cuadro, pídemme una cerveza cuando llegues, si no es molestia —.

— Ya estás pensando en empujar el codo, hoy nada de alcohol — dijo mirándome con una picara sonrisa,

— Primero el cuadro y ahora mi cerveza del viernes, mátame ya — bromeaba, momento que Drina aprovechó para arrimarse a mí.

— Solo quiero que me rindas esta noche — comentó abrazándome por el cuello,

— Un poco de alcohol viene bien para relajarse ¿no crees? — respondí sujetando su cintura,

— Me lo pensare, mientras vuelve al trabajo, ya has distraído bastante al personal por hoy — dijo aportándose para regresar a la galería, dejándome con más motivos para terminar la jornada antes de tiempo.

La noche estaba por caer, entre el cambio de obras para el día siguiente y la limpieza me dieron las nueve de la noche, la última tarea, retirar mi ilustración. Sujeté el marco con cuidado, la madera estaba helada, descolgándolo de la pared me vi obligado a postrarlo en el suelo, alguien caminaba tras de mí.

— Estamos cerrados, no debería estar aquí — avisé a quien fuese mientras me volteaba, — ¿Oiga? — pregunté esperando una respuesta, una larga silueta pasó por el rabillo del ojo en dirección a la trastienda, — ¡Ey! — exclamé al distinguir un velo negro cruzar la esquina.

Prendí las luces de la parte trasera del edificio, el desgastado filamento de la bombilla hacía titilar una ya de por sí débil luz blanca. Mi sombra se proyectaba en la pared del fondo, donde entre un pasillo de atriles y mantas quedaban eclipsadas las esculturas de la exposición de la semana pasada, protegidas por velos oscuros.

El movimiento de las telas me pareció sospechoso, dispuesto a acercarme a las estatuas la planta de mi zapato se topó con un relieve sólido. Levanté la pierna, se trataba de una llave de aspecto peculiar. La recogí, La cabeza de la llave era maciza y circular, su borde segmentado en cinco trenzas metálicas el espacio para el dedo quedaba reemplazado por el ojo de una cerradura. — Arte moderno, supongo — dije ante el paradójico aspecto de la pieza, buscando contemplarla más de cerca mi ojo izquierdo se cruzó con el ojo de cerradura, por el que entreví una mano pálida ocultándose tras las esculturas del fondo.

— Acabo de verle, salga, tiene suerte de que no esté el dueño, es mi último aviso o llamaré a la policía — advertí guardando la pieza en mi bolsillo, al ser mi propia sombra la que oscurecía la zona me era más complicado distinguir entre las esculturas, esta vez dos manos huesudas de largos dedos se sujetaron a las cabezas de las figuras, no procedían de

un cuerpo, si no de la proyección de mi sombra.

Al percatarme me convencí de que el cansancio y la mala iluminación me jugaron una mala pasada, pensamiento que se desbordó sobre mi como una jarra de agua helada al distinguir un rostro escapando de mi silueta. Una máscara de porcelana ocultaba un rostro quejumbroso del que brotaban lágrimas de sangre que mancillaban la palidez de la loza, distinguí parte de su cuerpo consumido oculto tras un inmenso velo, antes de que el filamento de la bombilla se quebrase, dejándome a oscuras.

La luz de la galería entraba por el marco de la puerta, alumbrando mi rostro descompuesto en plena huida, sentía su llanto a mi espalda, cada vez más cerca, logré alcanzar y cerrar la puerta con todas mis fuerzas. — ¡Voy a llamar a la policía! — exclamé tomando el juego de llaves para encerrar al intruso. Regresé a la sala principal con el objetivo de salir a la calle y comunicarme con la comisaria utilizando la cabina telefónica de la otra calle, encontrándome con una incómoda sorpresa, mi cuadro había desaparecido.

— La concha de... — maldije al comprobar que la entrada había sido forzada, regresé al almacén para aporrear la puerta, buscando llamar la atención del intruso que se encontraba al otro lado. — ¡Maldito mal nacido, eres de los suyos cierto, que carajos queréis de nosotros fascistas de mierda! — exclamé esperando una respuesta... silencio.

Decidí guardar silencio, volví a la galería para llevarme la escoba, abrí la puerta y esperé a que alguien saliera despavorido para golpearlo, tras unos minutos esperando me aventuré al interior, solo para descubrir que no había nadie.

Sali a la calle y eché la persiana, me alejé para contemplar el cartel de "Galería Los Lazaros" desconcertado ante lo que acababa de sucederme ¿Cómo iba a explicarles que alguien se había colado en la galería? ¿Quién sabe que más se habrán llevado? ¿Quién diantres era aquella cosa, una persona o un fantasma? Mi mente no hacía más que fustigarme mientras caminaba por Gran Vía entre los transeúntes de la noche, recordándome la pérdida una y otra vez y las consecuencias que pronto caería sobre mí.

No podía evitar estar apenado por perder el trabajo de tantos meses, pero por otro lado sabía que la desaparición de ese cuadro me ahorraría muchos problemas, siempre y cuando Dios no lo quiera, no acabe en manos de "los de la bandera del pájaro negro" como los llama Farid, Esa sería de mis mayores desgracias.

Llegué hasta el edificio Metrópolis para cruzar hasta la calle Alcalá, pasando por el Teatro Bellas Artes giré a la izquierda en Calle de los Madrazos, divisando una pequeña parte del Teatro de la Zarzuela al pasar cerca de calle de Jovellanos. Entré por un callejón ajeno a la vía, donde el

Pub Los Lazaros ya había abierto sus puertas hace unas horas. Allí me esperaba Drina sirviendo tras la barra, entre los clientes distinguí a mis compañeros y a parte de la familia Acosta disfrutando de la noche. — Ya llegó el último payo Adriana — avisó uno de sus primos, — Ya era hora de que llegaras ¿Por qué tardas tanto? — me preguntó Farid, que dejó de jugar al villar para darme la bienvenida mientras me sentaba en una butaca.

— Había mucho que limpiar, me habéis dejado solo — Respondí intentando contener los nervios,

— ¿Qué le sirvo al mexicano? un tequila — bromeó Drina,

— Solo una cerveza —,

— pero solo una “chamaco” — bromeó disimulando una de sus miradas cómplices mientras se dirigía al grifo.

— ¿Qué sucede Ángel? — preguntó Farid tornando su sonrisa a un rostro serio,

— Nada, solo estoy cansado —,

— Huelo a los mentirosos —,

— Joder, déjame en paz un rato —,

— Ángel — escuché tras Farid.

El señor Acosta salió del reservado del pub, su rostro arrugado de ojos azules reflejaba los achaques de casi 60 años de vida. Utilizaba bastón, pero eso no le impedía usar su traje gris de corbata azul y zapatos negros impolutos, sus canas quedaban ocultas bajo un sombrero de panamá, una vestimenta que lo distinguía como el cabeza de familia.

— Ven conmigo — ordenó volviendo a entrar al reservado, — ¿Qué mierda le has contado? — pregunté sabiendo que Farid tenía algo que ver, mi compañero sonrió — Hay que seguir las normas amigo —. Quise estrangularlo ahí mismo por irse de la lengua otra vez, pero estaba demasiado cansado para discutir con él, me levanté de la butaca y fui a reunirme con el señor Kavi Acosta.

— Siéntate chico — me invitó con su seca y desgastada voz, con un nudo en la garganta cerré la puerta para más intimidad y me senté en el sillón junto a la mesa de cristal, el prefirió quedarse en la silla a mi derecha.

— Creo que no hace falta que te recuerde que Farid es mis ojos cuando no estoy — me recordó sacando su cipo y un paquete de cigarrillos del

bolsillo de su chaqueta,

— Si señor —,

— No es la primera vez que ese payo me dice cosas sobre ti, creo que tenemos suficiente confianza para que te sea franco, al fin y al cabo, te encamas con mi hija —.

— Se que no debería haber colgado ese cuadro, no sé qué se me pasó por la cabeza —,

— No te disculpes, lo has hecho y ya está... en mis tiempos yo era retratista, conozco parte de ese deseo que tenemos de mostrar nuestro arte al mundo, pero te dije que nada de religión en la galería por el momento —. El señor Acosta prendió su cigarro, clavando aquellos ojos azules en los míos, era consciente del tremendo respeto que le tenía.

Él y mi padre se conocían desde niños, cuando llegué a España y me habló del gran empresario en el que se convirtió con trabajo y esfuerzo me hacía sentir pequeño, aunque fuese un anciano. Desde que acudí a él para mostrarle mi trabajo me gané su confianza con el tiempo, me dio un lugar en su galería, permitiéndome formar parte de su grupo de artistas. Cuando descubrió que su hija y yo nos enamoramos no mencionó el matrimonio, tan arraigado en su etnia, nos permitió vivir juntos con ciertas condiciones, al margen de que el resto de su familia lo supiese hasta que diéramos el paso por nosotros mismos.

— Ángel ¿te has parado un momento a ver lo que estamos construyendo?
— aquella pregunta me desconcertó, — No te resulta raro que una familia de gitanos acoja a personas tan diferentes, a ti, Farid, que llegó del estrecho, a Alize, que llegó aquí embarazada porque sus padres la echaron a las calles de Francia —.

— Si, usted y su familia son un grupo peculiar —,

— Todos sois parte de ella, aunque trabajéis para mí, en especial tú. Veras, a pesar de nacer aquí tuve que huir a México con tan solo cinco años, todavía recuerdo como mi madre me subió a aquel barco llorando. El caso es que las gentes de Morelia a pesar de ser extranjeros nos acogieron y nos dieron la mejor vida posible... —.

Intimidado mantenía la mirada en ese hombre que hablaba con el corazón en el pecho, muy atento a sus palabras, —...Crecí allí, conocí a tu padre, me enamoré de la madre de Adriana y cuando volví a España tras la dictadura me di cuenta de que las fronteras, como las ideas de los hombres que mataron a mi padre en la guerra, no son más que inventos para separar a las personas. Todos merecemos un lugar donde estar seguros, y yo he trabajado duro para darle un futuro a mi hija, a mi

familia y a todo aquel que esté dispuesto a trabajar por hacerse un hueco en este país —.

— Disculpe que le interrumpa, pero después de tanto tiempo ¿Por qué me cuenta esto ahora señor Acosta? —, pregunte, más relajado, mientras exhalaba los restos de humo de su cigarro que flotaban en el ambiente.

— Porque eres hijo de mi mejor amigo, tarde o temprano acabaría cogiéndote cariño, a lo que quiero llegar con esto es que tu algún día darás un lugar como este a mi hija, y deberás proteger los frutos de tu esfuerzo —. Apoyó su mano sobre mi hombro y apretó ligeramente, —Ya sabes porque estoy poniendo estas normas, porque esos hijos de puta están amenazando todo Madrid, lo último que necesitamos es que se cabreen por un cuadro, si realmente me respetas... Si realmente amas a mi hija respetaras nuestras normas hasta que abandonéis mi nido, ya te he dado manga ancha con ella, no te atrevas a soltar mi mano para sujetarme del brazo chico —.

— Ni mucho menos señor Acosta — respondí con el pánico anegando mi mirada,

— Llámame Kavi, los latinos siempre sois muy educados, es algo que me gusta de tu país — añadió con una ligera sonrisa en su rostro arrugado, una confianza que había mancillado de la peor forma posible.

— Señor... esto... Kavi, el cuadro no ha sido el único problema de hoy — dije dispuesto a confesar, pero fuimos interrumpidos por voces y cristales rompiéndose al otro lado de la puerta.

— Deja que me apoye — le presté mi hombro para que pudiera enderezarse, al llegar a la sala encontramos a Drina tirada en el suelo tras la barra, mientras un hombre vestido con una chaqueta militar presionaba la cabeza ensangrentada de Farid contra la barra.

Capítulo 4

La llave del caos

Parte II

Los clientes y Los Lazaros quedamos petrificados mientras los Acosta se lanzaban al ataque en un intento inútil por defenderse, pues algunos de los agresores los apuntaban con armas de fuego.

Uno de ellos estaba sobre Drina, la rabia me recorrió en segundos como un chute de adrenalina al verla en peligro. Quise ir en su rescate, pero el hombre que retenía a Farid me cortó el paso extendiendo su brazo, casi tan ancho como mi caja torácica, empuñando un cuchillo de cazador.

— Tranquilo amigo, solo estoy pidiendo una reclamación — chistó su tosca voz. Era un hombre alto y robusto, sus ojos castaños se clavaban en mi como agujones, su rostro abultado quedaba oculto bajo una barba oscura deshilachada. Su tamaño y atuendo militar ya era suficiente para reconocerlo entre los suyos, todos portando una bandana en el brazo de la bandera española, a diferencia de que su escudo quedaba custodiado por un águila negra.

— Suéltalos Javier — ordenó el señor Acosta, — No hasta que alguno de tus gitanos me sirva lo que he pedido — rechistó, — Si alguien de la calle os ha visto llegar te aseguro que la policía estará de camino — amenacé inútilmente, — tranquilo, solo he venido a solucionar unos asuntos con vosotros, te aseguro que deportaran a este capullo antes de que me metan en el calabozo — recalcó apuntando el cuchillo a la cabeza del tembloroso Farid.

— Suéltalos, guardad las armas y hablaremos — repitió el cabeza de los Acosta, ambos grupos ordenaron a los suyos serenarse, el hombre que retenía a Drina la liberó, aun con la respiración acelerada se levantó y miró a su padre, su mirada dejó claro que por su bien debía obedecer. Al verla dirigirse a los grifos Javier soltó a Farid, quien huyó tambaleante hacia mi — ¡Llamad al hospital! — dijo con algunos cortes pronunciados en la frente y las mejillas, — Para que atiendan a un negro sin papeles tendría que haberte apuñalado en el estómago — añadió Javier mientras algunos del grupo Los Lazaros llevaban al herido a otra habitación para sanarlo.

— No puedes tratar a los clientes así Kavi, ya tenéis muy mala reputación como para meteros en estos líos — Dijo ofreciéndole una butaca, — dile a tu Latín King que se siente, me pone de los nervios verlo ahí de pie al lado

— pidió sentándose a su lado. Con una calma abrumadora El señor Acosta ordenó que me sentase sin pronunciar palabra, mientras Drina les servía, plantándose frente a aquella platica que podría acabar en desastre.

— Kavi, hay que ver lo viejo que estas ¿Cómo te va la pierna? Realmente fue una desgracia, ya me encargué del tipo que te pegó el tiro ¿Cuánto llevamos por Madrid? Seis, quizá siete meses, y aquí estamos, he acabado cogiendo cariño a tu grupo de desechos sociales. Inmigrantes, ladrones, putas, quien iba a pensar que en este bar de mala muerte se reunía tanta mierda —.

— Tú y yo hemos puesto normas Javier, en eso se basa una convivencia y hoy os las habéis incumplido viniendo aquí —. Javier se fijó en el señor Acosta, fingiendo un sentimiento de misericordia en su mirada.

— Ojo por ojo Kavi, veras, a pesar de vivir épocas diferentes a ambos nos alcanzó la misma “corriente de pensamiento” pero con resultados distintos. Mi padre, que en paz descanse, era un hombre ordenado, disciplinado y muy católico, pensaba que cada persona tenía su lugar en el mundo y que cada cual debía quedarse en su sitio, si invadías y no respetabas a tus vecinos podría haber problemas, eso es algo con lo que este país lleva lidiando desde hace mucho tiempo —.

El señor acosta se deshizo de los restos de su cigarro en el cenicero, con todos los presentes asustados a la par que expectantes a sus palabras:

— Qué sabremos nosotros de los problemas de este país si cada día luchamos por mantenerlo dividido — respondió,

— Exacto, pero no es la división la que causa problemas, si no el no respetar a las otras partes... uno de mis hombres os hizo una visita hace unas horas para cobrar vuestra renta por tener a ilegales con vosotros, y se encuentra... un cuadro de la virgen María con un velo de luto, escondida tras una máscara, sosteniendo... ¡El cadáver descompuesto de Jesucristo! ¡A ti eso te parece respetuoso! —.

Javier se levantó de improviso, nadie reaccionó, solo agacharon la cabeza — tuvo que cogerlo y quemarlo para que esa blasfemia no saliera de vuestra puñetera galería ¿Quién lo hizo? —. El señor Acosta permaneció en silencio tomando su trago, solo para que Javier arrebatara el vaso y lo lanzase iracundo contra la pared. La tensión estalló, Drina se ocultó bajo la barra, los Acosta reaccionaron a tiempo para sacar sus armas de fuego, encañonándose ambos grupos mientras los clientes se tiraban al suelo, yo entre ellos. — ¡¿Qué quien coño dibujo ese!? — exclamó sacando su cuchillo, solo para ser respondido por el sonido de un guardamano recargando.

— Te vas a terminar la copa y te vas a ir si no quieres que te vuele la tapa de los sesos — amenazó Drina apuntándole con la escopeta que escondían bajo la barra. Javier se dio la vuelta, cambiando su furioso rostro por una sonrisa. Al ver a su hija inmiscuirse Kavi intervino — ya está bien, Javier, no te diré quién lo hizo, pero si te puedo asegurar que no volverá a suceder, así que guardad las malditas armas —.

— ¡Viene la policía! — avisó uno de los hombres de Javier, miró a su alrededor, lanzado una mirada cargada de desprecio hacia todos nosotros — Esto no acabará así — respondió señalando a Drina con el cuchillo. Aun con una sonrisa en el rostro se marchó junto a sus hombres, al reconocerlos entre las luces de las farolas algunos agentes fueron tras ellos, mientras, dos policías tomaban declaración a los presentes en el pub.

— Ya puedes salir Farid — avisó Drina al no ver moros en la costa, Farid salió de una trampilla escondida tras los sillones del reservado, con un parche en la mejilla y una venda cubriendo su frente. — ¿iEra este el otro problema!? — exclamó el señor Acosta con una mezcla de enfado y preocupación en su voz, — No... no pensé que pudiera suceder algo así — titubeé, fingiendo que no se me pasó por la cabeza esta situación a pesar de las advertencias.

Las miradas se clavaban en mí, lanzas de pena y rabia clavándose en mi conciencia, mientras mi error se enquistaba en sus mentes junto al miedo de hace unos minutos, intenté buscar a Drina al otro lado de la barra, pero la culpa me impedía siquiera alzar la vista hacia el señor Acosta.

— Mañana vas a recoger tus obras —,

— ¿Cómo? —,

— No vas a volver a exponer en mi galería —.

— Papá — Drina intentó intervenir, pero su padre la silencio interponiéndose entre ella y yo — Te avisé, me ignoraste y por tu culpa los Lazaros, mi familia y mi hija están en peligro, no te mereces mi confianza después de esto — aclaró sin miramientos. — Lo siento muchísimo señor Acosta, pero por favor... —, — Mira a Farid — me interrumpió, me fijé en su rostro aun cubierto de restos de sangre seca alrededor de los apósitos — ¿Quieres que mi hija acabé así por tu culpa? Márchate —.

No estaba dispuesto a suplicar delante de tantos presentes, conocía los riesgos y aun así colgué mi obra en la pared, sin esperarme que aquella acción demolería parte de la vida que llevaba construyendo durante años. Antes de salir miré tras de mí una última vez, distinguiendo entre compañeros y conocidos los ojos verdes de Drina compadeciéndose de mí,

deseaba ir junto a ella, pero parte de su conciencia estaba con su padre, todos sabían que había hecho mal, incluso ella, por mucho que me quisiera.

Mis pisadas eran ahogadas por las voces del resto de niños rezando en la capilla del colegio, intentaba entrar en cada una de las aulas del colegio, aun sabiendo que todas quedaban cerradas durante el sermón. Mis ojos llorosos comprobaron el final del pasillo, la humedad y el moho se esparcía por las paredes y el suelo como una infección en el torrente sanguíneo, venía por mí.

Distinguí los servicios al otro lado, corrí con todas mis fuerzas escuchando aquellos hongos florecer a mis espaldas con un grumoso ruido, cerré la puerta y me escondí en uno de los retretes. Mientras me subía sobre la tapa para ocultar mis pies miré al techo, ya estaba siendo carcomido por la putrefacción, me esperaba al otro lado de la entrada. Entró, sus pasos resonaban en los azulejos del suelo, — Ángel — me llamaron las mil voces de los niños que corrieron mí misma suerte, — ¿Dónde estás pequeño? Tengo que hablar contigo —.

Su rastro invadió el interior del habitáculo, horrorizándome al distinguir sus pies desnudos por el espacio de la puerta, levanté la cabeza al mismo tiempo en que la puerta dio paso a aquella abominación. Me agarró por la pierna y me arrastró hasta el pasillo, mis débiles manos se clavaban en el musgo del suelo luchando por escapar, al mirar atrás supe que, una vez más, me llevaba a su guarida, la habitación donde se nacía la podredumbre que lo seguía a todas partes. Antes de llegar a mi sentencia me elevó hasta su rostro, su barba, sus dientes amarillentos, su corona de metal y aquellos ojos blanquecinos, por mucho que luchase y deseara huir él era más fuerte que yo, fuerza que comprobé cuando hundió sus fauces en mi cuello.

Un piqueteo me salvó de aquella espantosa pesadilla, llamaban a la puerta de mi apartamento. Me senté en la cama, mi sudor estaba frío como la lluvia que golpeaba mi ventana, me puse una camiseta antes de ir a la mirilla, al otro lado me esperaba Drina con el paraguas en la mano. Al abrir la examiné atentamente, estaba totalmente abatida por lo de ayer, aún con aquella mirada en el rostro de cuando me marché.

— No podías estarte quieto verdad —,

— Por favor Drina, no es el momento —,

— ¡Nunca es el momento! —. le chisté para que bajara la voz, decidí dejarla pasar para evitar problemas con los vecinos.

Ella empezó la discusión, el qué haríamos ahora que me habían echado de la galería era la incógnita que no la dejaba dormir, tuve que recordarle

que aquel problema era únicamente mío, pues lo único que nos vinculaba era un amorío que manteníamos a escondidas con una parte de su familia, ni siquiera estábamos casados. Aquella realidad la dejó aún más dolida, durante estos años nos queríamos demostrar el uno al otro que estábamos dispuestos a pasar juntos la adversidad, sin embargo, en estos momentos dudaba de si una parte de ella estaba dispuesta a sacrificarse por seguir a mi lado.

Dejé claro que no iba a permitir que arriesgara su trabajo de supervisora en la galería por estar conmigo, pues era probable que regresase a Morelia si no encontraba pronto un nuevo empleo, precipitarse hacia una disputa como esa no dependía de mí, si no de su decisión. Me dio un tembloroso beso en la frente, acompañado de un abrazo, asustada por el posible echo de separarnos. Con una mirada piadosa abandonó mi apartamento, dejándome unas horas de descanso para afrontar el día de mañana.

A pesar de conciliar el sueño a altas horas de la madrugada conseguí madrugar y prepararme antes de que la galería abriera sus puertas, aún debía devolver las llaves al señor Acosta. allí esperaban Kavi, Drina y algunos de mis excompañeros, al entregarle el juego de llaves se percató de que una de estas no pertenecía a la galería. Al verlo como un problema insignificante decidí devolverla a mi bolsillo para llevar mis obras al coche.

Drina y yo no intercambiamos palabra, solo cruzamos miradas por una milésima de segundos antes de dirigirse a su padre. — ¿Tienes un momento? — preguntó, — Si es por lo de Ángel ya está decidido — respondió sin la más mínima duda, — Lo sé, y estoy de acuerdo contigo, pero debo dejarte clara una cosa con respecto a él y yo, por si la cosa se complica — aclaró en voz baja para evitar fisgones, por desgracia alcancé a escuchar.

Un inmenso pavor me recorrió el cuerpo al escuchar sus palabras, un miedo que se convirtió en pánico al distinguir a Javier y sus hombres entrando por la puerta, armados vates, tuberías de metal, mecheros y aerosoles. — ¡Salid de aquí! — exclamé antes de ser noqueado por un golpe contundente en la cabeza. Los gritos se entremezclaban en mi cabeza mientras recuperaba la consciencia en el suelo, las llamas de los aerosoles incendiando los cuadros me cegaban mientras los hombres de Javier vapuleaban a los artistas, algunos de los suyos esperaban en la salida, lanzando molotovs al interior.

Logré enderezarme, encontrando a Drina y Farid intentando defender al señor Acosta de Javier, quise ir en su auxilio mientras los demás huían, un grupo de los hombres de Javier me cortó el paso, intimidándome con sus armas. La impotencia me invadía mientras se lanzaban sobre mí, incapaz de proteger a mis seres queridos ni a mí mismo mientras el fuego se

expandía como el miedo en sus mentes.

el humo empezó a acumularse sobre nuestras cabezas, mis atacantes se retiraron, me arrastré dolorido hacia Drina y su padre, tendidos en el suelo, mientras una punzada de dolor fustigaba mi pierna. Farid esprintó hacia la entrada para abrirla inútilmente, la habían bloqueado desde el exterior, — ¡Me cago en la puta! — exclamó entre toses regresando con nosotros. — ¡Han bloqueado la puerta! —, — ¡La salida de emergencia, deprisa! — respondí ayudando a Drina a cargar con su padre.

Farid quedó paralizado, con el rostro descompuesto ante la inmensa sombra que se alzaba a nuestras espaldas, — Ángel — me llamó Drina con voz temblorosa. Me volteé, encontrando entre el denso humo negro aquel rostro de porcelana, a pesar de entrar en contacto con el fuego su tela negra no ardía, sus manos estigmatizadas moldeaban las llamas como si fuese arcilla. Era imposible, reconocí aquella vestimenta de luto y aquel cinturón de metal y obsidiana, la Virgen de mi obra se presenció ante todos nosotros.

Plantó las llamas de sus palmas en la pared, dibujando un marcó sin apartar la vista de nosotros, el fuego se esparció por el muro, desvelando mi cuadro, supuestamente, calcinada por los hombres Javier.

Aquella mezcla de pánico y desconcierto por lo que contemplábamos nos mantenía en el lugar mientras las punzadas de mi pierna se acrecentaban, metí la mano en mi bolsillo, eran los dientes de la extraña llave que encontré en el almacén las que me producían aquel dolor. El metal ardía como el sol, la solté, quedando suspendida en el aire levitó hacia mi creación. El lienzo se resquebrajaba, dibujando un inmenso ojo de cerradura que liberar una marabunta de ceniza. Quedando completamente cegados por la nube tóxica yacimos en el suelo mientras nuestros pulmones se llenaban de gas.

Entre toses y lágrimas la oscuridad se disipó, liberándonos en un nuevo espacio, ya no estábamos en la galería, si no en una estepa de arena blanca expandiéndose hasta donde nuestros ojos ensangrentados alcanzaban a ver, como un espejismo en la lejanía la tierra y el misterioso cielo escarlata se fundían en un horizonte sin sol. — Papá, papá despierta — lo llamó Drina zarandeándolo por los hombros, aun inconsciente tras la paliza de Javier, — ¿Qué demonios es este sitio? Hace un momento estábamos en la galería —, exclamó Farid tan desconcertado como el resto. Yo aun intentaba asimilar aquella situación, mientras aclaraba mis ojos distinguí una silueta humana en la lejanía, alguien ajeno a nosotros nos daba la espalda.

Intenté llamar la atención de aquel misterioso sujeto de cabello plateado enmarañado, vestido con chaqueta y pantalones oscuros, no parecía escucharme. Decidí acercarme a él bajo la atenta mirada de Drina y Farid,

distinguiendo su extrema palidez al aproximarme, aquel tono blanquecino no pertenecía a su piel, si no a su cráneo desnudo. Al volverse hacia mi descubrí que se trataba de los restos de un ser humano que solo conservaba aquel cabello canoso, ningún tipo de tejido o músculo cubría aquel esqueleto viviente.

— Al fin —, dijo el cadáver acercando sus manos a mí, retrocedí aterrado mientras Drina gritaba ante aquel no muerto, — el último escriba esta ante nosotros —. Metió sus dedos en el bolsillo de la chaqueta, mostrándonos la llave que la Virgen de mi cuadro me arrebató — reuníos, una nueva metamorfosis va a dar comienzo y con ella la liberación de las mentes hacia la Utopía Final —. El metal de la llave se volvió incandescente mientras flotaba a centímetros de su palma, un seísmo azotó el páramo en el que nos encontrábamos, en la lejanía emergieron montes de bajo la arena.

Las formaciones se irguieron, formando una titánica silueta femenina que se puso en pie y vino hacia nosotros, volviéndose cada vez más pequeña hasta alcanzar un tamaño natural al alcanzarnos, como si las reglas de la realidad no tuvieran ninguna influencia sobre aquel cuerpo mutilado a conciencia.

Su rostro, extremidades y torso estaban incompletos, figuras vacías de un puzle dibujado sobre la carne, perforadas a diferentes profundidades a modo de rompecabezas, mostrando huesos, órganos y músculos. Frente a nosotros los fragmentos de aquel cuerpo aparecieron sobre la arena, flotando hacia la mujer para completar aquella estilizada silueta. Las franjas que dejaban las uniones eran notables por todo su cuerpo, no poseía cabello ni genitales, era un maniquí echo de carne. Aquello no fue lo único que emergió bajo nuestros pies, un brazo venoso atrapó a Farid por el tobillo, quien logró liberarse mientras un rostro alargado escapaba de la arena.

Aquel ser extraño recordaba a un sátiro, patas de cabra y torso humano, pero sus deformidades lo hacían parecer la ilustración de un demente. Bajo su denso bigote sus facciones se estiraban, recordando al aspecto de un caballo junto a sus pezuñas. Carecía de mandíbula inferior, reemplazada por un par de brazos simulando ser la pieza faltante, hasta el punto en que las uñas de sus dedos eran sustituidas por piezas dentales que castañeteaban con la mandíbula superior.

Entre los gritos de Drina y nuestro impacto ante semejantes abominaciones me percaté de que la arena cedía bajo nosotros, corrí hacia ella para ayudarla a cargar con su padre mientras Farid se ponía a cubierto ante el inmenso foso que se expandía. Al girarme hacia el agujero era imposible describir lo que en él se encontraba, figuras humanas, partes de animales, plantas, un amasijo de criaturas y objetos se fusionaban en un sin fin de imágenes nacidas de los sueños más

surrealistas del subconsciente, de entre aquellas alucinaciones escapó una especie de huevo.

Aquel gigantesco objeto ovalado selló el foso de locura del que salió, estaba moldeado con agua y formaciones de tierra similares a los continentes a escala menor. En una masa de agua se proyectó un rostro hacia nosotros, el huevo con forma de planeta Tierra se abultaba, recordando a los movimientos de un bebé reposando en el vientre de su madre, listo para dar a luz.

Sus afilados y delgados dedos perforaron la cascara desde arriba, resquebrajándola para liberar con un grito atronador a la criatura más inmensa de las presentes. Era imposible que aquellas piernas tan delgadas soportasen su gigantesco torso de brazos huesudos, con dedos tan largos como un fémur. Su robusto cuello desembocaba en un rostro desfigurado sin nariz ni mejillas. Su cabello y refinado bigote se proyectaban hacia el cielo, ondulándose como si estuviesen sumergidos bajo el agua. Dirigió la vista hacia nosotros, sus ojos estaban ocultos tras unas lentes circulares cosidas a la piel, al otro lado de estas no se encontramos sus globos, si no relojes de bolsillo marcando dos horas diferentes, las nueve menos cuarto a la derecha y las diez y cuarto a la izquierda.

A pesar de sus diferentes anatomías me percaté de que aquellos horrores humanoides compartían la misma cicatriz, un ojo de cerradura perforado en sus frentes. — ¡Al fin habéis llegado! — exclamó la criatura salida del huevo entusiasmado como un niño — ¿Quién de ellos es tu elegido Ílad? — preguntó la criatura femenina, — paciencia Ladd, cada uno de ellos será una parte del último escriba — respondió.

— ¿Qué clase de infierno es este? — preguntó Drina en shock — ¿Ves alguna inscripción que diga "Abandonad toda esperanza, quienes aquí entráis"? — preguntó la bestia con aspecto de caballo articulando palabras con el movimiento de sus grotescos dedos. — Para vuestra suerte, esto no es ningún infierno imaginario, aun no estáis muertos, de momento — quiso aclararnos el esqueleto viviente.

— ¿Dónde estamos? ¿Quiénes sois? — pregunté intentando controlar mi respiración,

— Somos los escultores del inconsciente —,

— Aquellos que dan forma al pensamiento humano —,

— Escribas que reimaginan el caos para liberar las mentes y guiarlas hacia

la Utopía Final —,

— Y este santuario, ajeno a lo terrenal y espiritual, es dónde pensamiento y realidad se vuelves uno, y tu Ángel, has sido elegido para formar parte de el —. Era como si sus mentes estuvieran entrelazadas, si en ocasiones una única persona hablase a través de ellos.

Drina y Farid clavaron sus ojos en mi nuca, intentando comprender a mi par que pintaba yo ante aquella congregación de oscuras deidades. Ílad extendió sus dedos hacia el esqueleto, quien le entregó la llave incandescente, — Viajó por las eras buscándonos, a través de nuestras vidas, pensamientos y creaciones nos contactó, bendiciéndonos con la llave de la metamorfosis, un nuevo cuerpo que nos prepararía para liberar nuestras conciencias aferradas a los deseos y necesidades banales —.

Ladd continuó la explicación; — Nos encomendó una misión, mandar mensajeros a la imperfecta realidad de la que procedemos, creados a partir del pensamiento colectivo fortalecemos sus existencias, con el objeto de juzgar a los seres conscientes del mundo, buscando a los futuros ciudadanos de la Utopía Final y erradicando a las mentes ciegas que los frenan —.

— Y ahora nos encontramos en el ecuador de nuestra misión, como objetivo final me eligió a mí, Ílad, el más joven de los escribas, para encontrar al último de los elegidos, la pieza para ensamblar este plano con el viejo mundo y dar paso a la tan esperada Utopía Final — concluyó el esqueleto. A pesar del pánico más extremo recorriendo mi sangre, ante una revelación más allá de lo mundano, frente aquellos seres que, según sus palabras, alguna vez fueron humanos, logré articular palabra antes de la catástrofe — Os... ¿Os eligió? —.

Ílad y los suyos permanecieron expectantes, en un impoluto silencio mancillado por un espeso ruido proveniente de la cuenca de sus frentes, ojos verdes asomaron de las cerraduras, clavando sus pupilas en el último elegido para, posteriormente, abrir en el cielo un aló que nos ensombreció a todos, una apertura por la que se discernían las constelaciones. Tras los escribas un árbol brotó hacia aquella puerta al firmamento, su madera eran vertebras y sus ramas miles de brazos esqueléticos nacidos de las apófisis de aquella columna vertebral creciendo hasta el infinito.

En la copa, incapaz de alcanzar el cielo de la realidad, un colosal cerebro humano reposaba palpitante, de su lóbulo frontal emergió el área delantera de un cráneo. Al igual que el resto de escribas, aquella monstruosidad anatómica estaba dotada de un ojo de cerradura por el que asomaba su enorme globo esmeralda.

Permaneció unos segundos contemplando el cielo y se torció hacia el suelo, enroscándose y moviendo sus brazos cual miriápodo. Se detuvo

sobre los escribas, al ver la cabeza más de cerca distinguí la inexistente frontera entre el tejido óseo y orgánico que marcaba el inicio entre las piezas craneales y la materia gris. — *Ílad* — nombró la deidad a su sacerdote, — Mente Maestra, he aquí mi elegido — respondió enviando la llave hacia mí. Aunque fuese completamente inútil mi intención fue huir, las piernas no me respondían, la gravedad de aquel mundo se clavó en mis extremidades como espadas, pegando mis rodillas al suelo. — ¡Ángel! — Exclamó Drina dejando a su padre para ir en mi rescate en vano, la escriba Ladd extendió su brazo, alzando muros de arena a nuestro alrededor, dejándome a solas frente al panteón.

La llave quedó a pocos centímetros de mi frente, podía sentir su calor a medida que los dientes se acercaban quemándome la piel — *Ladd, Hauer, Edrich, Ílad que la metamorfosis de comienzo* — dijo la Mente Maestra mientras tres de los cuatro escribas atravesaban las paredes del laberinto de arena, en busca los sacrificios.

Capítulo 5

La llave del caos

Parte III

— ¿iNo vas a venir conmigo!? —,

— No cariño —,

— ¿No sabes nada de papa? —,

Al escuchar aquella voz nombrar a su padre Kavi despertó, con las pocas fuerzas que tenía logró levantarse sin ayuda de su bastón. Observó alrededor, recordaba aquel lugar, era el puerto de Burdeos, lo visitó una vez joven, buscando conocer el sitio que lo separó de lo último que quedaba de su familia. Una multitud de mujeres se reunía frente al Mexique, la embarcación en la que hijos de republicanos españoles viajarían a México para huir del país que los vio nacer, qué en aquel entonces, atravesaba uno de sus peores episodios.

El señor Acosta se acercó, las señoras no parecían percatarse de su presencia, tampoco le importó cuando volvió a ver el rostro de la mujer que lo dio a luz, que con los ojos inundados de lágrimas abrazaba por última vez a su hijo. — ¿Cuándo volveré mamá? — preguntó su yo del pasado, — Ojalá pudiera responderte hijo, debes ser fuerte, allá donde vas estarás seguro, tendrás una casa y una familia que te cuidará mientras todo se soluciona — respondió su madre intentando mantener la compostura.

El capitán y parte de la tripulación embarcaron a los niños, el silbato que iniciaba la travesía ahogó durante unos segundos los llantos desgarradores de aquellas mujeres, destrozadas por el desasosiego de no saber que sería de la vida de sus hijos en aquel país. Entre los infantes de popa Kavi asomó, y con un desgarrador grito las olas y el viento marino hicieron llegar el último mensaje a su madre “Volveré para buscarte”.

— Y eso hiciste — dijo una apaciguada voz proveniente de todas partes, — una tragedia que ella decidiese ir en busca de tu padre solo para cavar su propia tumba —. La escena que rodeaba Kavi se quemaba como una fotografía antigua, quedando suspendido en un limbo negro, viajando un momento de su vida en México.

Había crecido, seguramente tendría unos quince, o dieciséis años, él y su mejor amigo, el padre de Ángel, bocetaban el paisaje desde el mirador de

Morelia, contemplando la estampa del atardecer sobre los tejados. Su amigo ojeó los papeles de Kavi, solo para descubrir que dibujaba el rostro de la chica por la que Kavi estaba enamorado, en un futuro, aquella joven se convertiría en la madre de Adriana.

Su graduación, el primer beso, sus estudios en la universidad de artes, su primer trabajo, sus primeros pensamientos de regresar a España y abrir una galería de arte, su boda, el regreso a su país de origen junto a su mujer, donde nacería su única hija, sus esfuerzos por encontrar a su familia, descubriendo que sus padres fallecieron en la guerra y que sus cuerpos nunca fueron exhumados, sabiendo que nunca les daría un entierro digno.

Los años pasaban ante él en segundos como en un proyector de diapositivas, la última imagen que vio fue a su hija y a él en una visita al hospital, donde su esposa falleció a causa de un cáncer.

— Resulta interesante — dijo nuevamente aquella voz, Kavi se volteó con lágrimas recorriendo sus arrugadas mejillas, encontrándose frente a un esqueleto vestido de negro. — Contemplar la existencia, el sufrimiento de un ser humano para llegar hasta donde se encuentra resulta satisfactorio, y todo para que, para acabar siendo pasto de los gusanos... Has pasado por todas y cada una de las trampas que la vida puso en tu camino, creyendo que aliviarían tu sufrimiento, pero tan solo te generaban dolor con el pasar del tiempo — resumió Hauer.

— ¿Y que es la vida si no sufrimiento y momentos de felicidad? — preguntó Kavi,

— La vida no es más que voluntades luchando entre el dolor y el tedio, entre el deseo y su efímero cumplimiento, entre el hambre y la insatisfacción, en una ilusión que se torna desilusión... en un engaño acabado en desengaño... en una admiración terminada en decepción — respondió el escriba.

— Bueno, tal vez el dolor me acompañase toda la vida, pero al echar la vista atrás no puedo evitar sentir felicidad, una paz por todo lo que he construido y que ahora dejo atrás, vienes a darme el descanso que busco, eres la muerte ¿Cierto? — preguntó el señor Acosta mientras Hauer se acercaba.

— Si es tu última voluntad, entonces seré tu muerte — Respondió posando con delicadeza su esquelética palma en el rostro de Kavi. Los ojos del anciano se tornaban blancos mientras se convertía en polvo de los pies a la cabeza, quedando de él una extraña esfera psíquica en la mano de Hauer, que dejaba una aurora de voces e imágenes a su paso a

medida que regresaba al centro del laberinto.

Un inquebrantable frío calaba bajo la piel de Farid, sentía cientos de agujas heladas perforando su cuerpo mientras mil voces llegaban a sus oídos. — ¡Farid! — exclamó un joven argelino de cabello largo empapado, la reconocía, era Abdel, un rostro que creía perdido en su memoria y que ahora parecía regresar para atormentarlo.

Farid despertó súbitamente, las gotas de lluvia embestían contra su rostro mientras el oleaje cobraba más intensidad, peligrando la diminuta embarcación motorizada donde otras 18 personas, entre ellas niños, intentaban llegar a la costa de Málaga. El motor hace días que dejó de funcionar, viajaban a la deriva, a las puertas de una tormenta, entre infantes llorando y adultos rezando, Abdel divisó tierra en la lejanía bajo el anochecer.

— ¡Debemos darnos prisa antes de que caiga la noche y nos alcance la tormenta! — exclamó Abdel alzando su voz por encima del tronar de las olas,

— ¡Quizás podríamos llegar nadando! —,

— ¡Míralos, la mayoría llevan niños, somos los únicos que sabemos nadar y estamos demasiado lejos para cargar con ellos! —,

— ¡Si el temporal empeora nadie llegará a la costa! —,

— ¡Y que propones que hagamos! — exclamó Abdel temblando, no solo por el clima.

Farid desvió la mirada hacia las olas, la marea crecía en intensidad, pero aún quedaba tiempo, un pequeño espacio para saltar, — ¿Farid? — Abdel quedó paralizado al ver a su amigo saltar, perdiéndose en el mar, dejándole solo entre el pánico de los navegantes. La fuerza del agua lo zarandeaba, alejándolo de su destino tras tantos meses de viaje huyendo de su hogar, el cual se encontraba en fuertes tensiones tras el “Octubre negro”.

Podía escuchar los gritos de los viajeros al emerger del agua, pero pronto desaparecerían al llegar los truenos de la tempestad. Farid se arrastró por la arena exhausto, la lluvia golpeaba con fuerza su espalda mientras recuperaba el aliento, echó la vista atrás intentando buscar la lancha, las olas ya eran tan altas como muros, y se acercaban imponentes. Intentó levantarse de la impresión, pero la tromba de agua cayó sobre él con furia, arrastrándolo mar adentro.

La marea era tan fuerte, era imposible mantenerse, quiso respirar, solo lograba tragar bocanadas de agua. Se estabilizó, nadó hacia la superficie

como alma que lleva el diablo, solo para que el pánico se apoderase de él al no encontrar la costa en ninguna dirección.

La angustia le impedía moverse, no, alguien tiraba de él hacia las profundidades, agachó la mirada intentando discernir alguna figura bajo las aguas enfurecidas, y la encontró. El cuerpo de Abdel se lanzó sobre sus hombros, el frío de su piel hinchada y pálida era mayor que el de la mar, su vista se cruzó con su descompuesto rostro, carcomido por la sal y los crustáceos carroñeros que habitaban sus cuencas vacías.

— ¡Nos dejaste morir a todos Farid! — exclamó Abdel mientras los cuerpos del resto de migrantes emergían del agua, aferrándose a sus extremidades buscando arrastrarlo junto al mismo destino que ellos, quiso gritar, pero ya estaba sumergido, perdiendo su último aliento de vida mientras la superficie se alejaba cada vez más.

Antes de perder la conciencia Farid discernió una colosal mano yendo hacia él, atrapándolo entre sus dedos para sacarlo del agua. Recuperó el aliento a medida que la palma se vaciaba, sus ojos enrojecidos por la sal se enfocaron, encontrando un colosal rostro vacío, sin ningún tipo de facción, nada más que un ojo de cerradura ocupando su cara. Su cuerpo era un amasijo de pieles humanas de diferente pigmentación, unidas por cicatrices y costuras.

El gigante se agachó mientras Farid recuperaba el aliento, dejándolo reposar en un suelo asfaltado con sumo cuidado, ya no se encontraba en costas españolas, si no en las calles de Argel. Allí quedaban los restos de una manifestación en la que estudiantes acabaron siendo atacados por las autoridades en una lucha por sus derechos y un futuro digno.

— Es desgarrador — dijo Ladd, Farid miró tras él, encontrando a la mujer segmentada con pincel en mano, dando a una pieza de arcilla el tono de piel de un soldado con el rostro mutilado sentado frente a ella. La nariz y boca del barón estaban desfigurados por restos de metralla, siendo la figura de caolín el moldeado que reconstruiría aquel rostro. — Ver a vecinos, a hermanos matándose entre ellos, solo porque somos incapaces de firmar una paz y cumplir nuestras promesas, arrebatándonos la libertad unos a otros —.

La batalla campal que se libró en aquella ciudad se manifestó a su alrededor como un espejismo, allí estaban Abdel y Farid. Su compañero estaba siendo arrestado por un policía, Farid fue al rescate, cometiendo el error que le obligaría a abandonar su vida en Argelia. Entre el fragor de la pelea y las investidas de los antidisturbios Farid acabó en el suelo, iracundo recogió un trozo de vidrio que usaría para apuñalar al agente en la yugular.

Cuando la rabia abandonó su ser se percató de que había matado a un hombre, paralizado Abdel intentó sacarlo de allí, solo para que ambos terminaran arrestados antes de que los policías comenzasen a disparar a los manifestantes. Tanto Farid como Abdel acabarían denunciados y llevados a juicio por el asesinato del policía, por suerte la intervención de un grupo armado cerca de los juzgados les permitió escapar, siendo aquel ataque el advenimiento de la guerra civil que estaba por llegar a Argelia, de la que por suerte lograría huir cruzando la frontera a Marruecos y tomando aquella embarcación.

— No te fustigues ¿Quién puede culpar a un ser humano por intentar sobrevivir? Por sentir miedo, lo conoces muy bien ¿cierto? — Ladd tocó su hombro, llevando al mortal a otro recuerdo de su mente, el ataque de los radicales en el pub Los Lazaros. — Desde aquel día has vivido con pánico hacia estas mentes, aquellas que solo conocen la voz de las armas para imponer su voluntad, doblegando las conciencias débiles para imponer sus ideales, sea cual fuese la causa, siempre termina en desgracia —.

El suelo estalló bajo sus pies, envolviéndolos en una nube de polvo y restos de metal. La explosión retumbaba en los oídos de Farid, el zumbido desapareció, cuando la nube se disipó se encontraba en un campo de batalla fangoso, en el interior de una fosa, acorralado por soldados mutilados que aterraron a Farid con sus caras rotas. — Antes de que la Mente Maestra me eligiera vivía rodeada por el miedo, reconstruyendo los rostros destruidos por una guerra donde los hombres se dejaban controlar por ideales tan absurdos como sus líderes, tan hambrientos de poder y control que olvidaban lo efímeras que eran sus vidas ¿Qué clase de Dios crearía a semejantes criaturas? —.

La escriba se asomó a la fosa, los mutilados alzaron la vista hacia ella, — Una mente dominada por el miedo se vuelve sumisa y ciega, un virus que lleva siglos emponzoñando vuestro mundo y que pronto erradicaremos, quemando a los infectados y tendiendo la mano a los sanos para darles el mundo que se merecen, la Utopía Final, lástima que tu no estarás allí para verlo —.

Los mutilados acorralaron a Farid, entre gritos lo retuvieron de brazos y piernas para tenderlo en el suelo, permitiendo a Ladd apreciarlo. Estiró su brazo hacia el rostro de Farid, sus facciones y extremidades iban seccionándose a medida que la mano de Ladd lo recorría en la distancia. Las piezas de su cuerpo se proyectaron al exterior abandonando su esqueleto, moldeándose para pasar a formar parte de los caras rotas. Los recuerdos de Farid quedaron comprimidos en un aura de gritos que Ladd portó, regresando al centro del laberinto con la conciencia del hombre que vivía con miedo.

Ángel despertó con el graznar de cisnes, examinó a su alrededor, seguía en el desierto, esta vez en un oasis rodeado por elevaciones rocosas y un

montículo de tierra en las aguas, donde arboles mustios retorcían sus ramas entre ellos. Asustado ante el desconcierto contempló las aves en un intento por serenarse. El blanco plumaje destacaba sobre aquel paramo marchito de cielo escarlata, el agua, tan cristalina que resultaba dudoso que sus reflejos fuesen tan sombríos, un sobresaltó haría a Ángel levantarse cuando las siluetas fueron hacia él.

Los reflejos de los cisnes en el agua se transformaron en tres gigantescos elefantes, de patas de araña tan altas como el cielo, portando la escultura de una mujer, un obelisco y un templo de oro macizo. Eran liderados por un colosal e iracundo corcel blanco, apartarse para no ser aplastado fue el primer impulso de Ángel, siendo atrapado por la trompa del animal que daba fin a aquel macabro desfile.

El elefante lo liberó a las puertas del templo que cargaba, sus puertas recordaban al torso de una mujer, la caja torácica y el vientre se abrieron en dos, dando paso al santuario de uno de los escribas. El interior recordaba a un museo, dónde las obras surrealistas rebosaban de un aliento de vida. Desde un gigantesco pez flotando alrededor de una granada hasta una máscara de mil rostros que asomaban por su boca y cuencas, siendo las más grotescas una construcción rectangular formada por articulaciones humanas, sobre la que reposaba una cabeza que lo siguió con la mirada hasta llegar a la última estancia.

Una sala dodecaédrica, de paredes transparentes que permitían contemplar el basto laberinto desértico, en su centro una mesa rectangular de bloques de piedra en la que el escriba del caos Ílad moldeaba sus creaciones, rodeado de figuras humanoides dotadas de cajones en todo su cuerpo de las que extraía herramientas y materiales como si fuesen armarios. — ¡Ángel! Elegido mío, ven y siéntate — lo invitó, antes tan siquiera de pensar en huir dos de aquellos maniquís vivientes ya custodiaban la salida, con el corazón en la garganta se sentó frente a él.

— ¿Qué se siente al ser elegido por mí, el artista de lo surreal, de lo inconsciente, como uno de los fundadores de la Utopía Final? — preguntó gesticulando grandilocuentemente,

— ¿Qué es la Utopía Final? — preguntó Ángel escondiendo sus temblorosas manos,

— ¡Esto es la Utopía Final! Una realidad cuyo motor es la psique y combustible la imaginación, un mundo donde tu libertad no acaba donde empieza la de tus congéneres, un lugar donde mentes superiores libres de doctrinas pueden campar a sus anchas, sin temer a ninguna ley, a ningún gobierno, ni a un Dios —.

Intentando no sobresaltarse ante la colosal criatura Ángel se pronunció — Hablas de convertir a las personas en Dioses —.

— Solo aquellas que la Mente Maestra vea como dignas, aunque en esta situación he sido yo, Ílad, el encargado de escoger al último de los fundadores —,

— Hablas de un mundo sin reglas ni límites para unos pocos, sin embargo, seguís las directrices de un ser superior a cualquiera de nosotros ¿A eso llamas libertad? ¿Qué os impide revelaros contra ella? —.

La osada risa de Ílad le daba a entender que aquello que le rebatía al escriba tenía una respuesta que quizás no alcanzaría a entender. — Todo lo que tememos, todo lo que amamos, todo lo que percibimos y que repercute en nuestras acciones y voluntades forma parte de su plan, todas las conciencias de la realidad son su semilla y nuestros pensamientos frutos que la alimenta, he ahí su misión, una vez segadas las malas hierbas la Mente Maestra perecerá, entregándonos el mundo que los sabios merecemos —.

Ílad se alzó, rompiendo el fino hilo de paz que impedía a Ángel salir corriendo cuando se lanzó por él, — Debe reunir toda la fuerza posible para cuando lo irreal se haga real ¡Y por ello me encomendó su pesada carga a mí! — exclamó atrapándolo con su mano derecha. — ¡Tu cordura ha sido capaz de imponerse a la vida, por eso te elegí, por eso hurgué en tus vivencias más ocultas, para moldearlos y enviarlos! —. — ¿¡Enviar a quienes!? —, Ílad ordenó a una de sus creaciones acercarse, hurgando en el cajón de su pecho sacó la reliquia, la llave de la metamorfosis — A los mensajeros —.

Fue entonces cuando se percató de su presencia, el mismo instante en que el globo ocular asomó por la marca de Ílad, la cerradura en la frente de Ángel se expandió, permitiéndole ver sobre él a la gigantesca deidad, expectante ante la llegada de sus sacerdotes. Ílad introdujo la llave en el cráneo de Ángel, sus carnes ardieron de dolor, sentía algo revolviéndose en sus adentros, empujando su columna al exterior en un grito de dolor que se escuchó a lo vasto y ancho del laberinto.

Era una tarde refrescante de otoño, Kavi y su mujer, junto al resto de padres, veían a sus hijos jugar en el Parque de El Retiro, entre las risas uno de los niños susurraba a los integrantes del grupo, quienes miraban a la pequeña Adriana con rostros de desprecio. Drina divisó una pelota en el césped, al correr a patearla su dueña la recogió del suelo;

— ¡No, que seguro me la quitas! — exclamó la niña,

— ¿Para qué? Si ya tengo una —,

— Porque eres gitana, y los gitanos roban cosas — respondió el niño que ahogaba sus inocentes mentes con aquellos prejuicios.

— robar está mal, yo nunca haría eso —,

— Los gitanos también son unos mentirosos —.

Al escucharlos sobre la conversación de los adultos Kavi se acercó a los niños para comprobar la situación;

— ¡Tu sí que estas mintiendo! — replicó Adriana,

— Mi padre dice que los gitanos también roban niños, de seguro te robaron al nacer —,

— ¡Cállate! —.

Adriana se lanzó a por él, tirándolo al suelo de un empujón, entre patadas y arañazos los adultos se percataron de la situación, por suerte Kavi ya estaba allí para separarlos.

— ¡Kavi, controla a tu hija! — exclamó el padre del niño, — ¡Perdón, acaso estabas escuchando a tu hijo, que mierdas le enseñas! — replicó Kavi echo una furia — ¡Por el amor de dios, si estaba ella encima de él, mira cómo le ha dejado la cara! —.

Sus esposas intervinieron para separarlos, evitando un conflicto mayor, sería al caer la noche, antes de arropar a su hija, que Kavi tuvo que responder la duda que rondaba la cabeza de Drina. — ¿Por qué han dicho todo eso de nosotros papá? —, — Veras Adriana, una de las cosas que asusta a la gente es lo que no conocen, como te lo explico, imagina que tienes una naranja y la pones en un cesto de manzanas, todas son frutas, pero como la naranja no es como las manzanas ellas se asustan, quizás por su sabor o por su color atípico, y se inventan mentiras para alejarla de los demás. Algunas incluso engañan a las manzanas para hacerle daño a la naranja, pero las que se molestan en hablar con la naranja recuerdan una cosa fundamental, que a pesar de lo diferentes que son entre ellas siguen siendo frutas ¿Lo entendiste? —.

Aquellas palabras regresarían a su memoria a los dieciséis años, cuando un grupo de chicas la acorraló en los baños del colegio acusándola de robar un paquete de tabaco, a los dieciocho, rechazada por un joven por su etnia, a sus veinte, con su primer trabajo, despedida por supuestamente robar el bolso a una clienta. La palabra ladrona la perseguía por el estigma de los suyos, en un eterno retorno que hacía volver el mismo conflicto de mil formas distintas, una dificultad más que

debía asumir en aquel entonces junto al grave cáncer de su madre. En la última al hospital la mujer de Kavi quiso estar con su hija a solas unos minutos, saliendo de la habitación para dejarlas a solas.

—Sabes que si sigues fumando puedes acabar así ¿Verdad? — dijo su madre viendo asomar el paquete de tabaco del bolso de Drina,

— Lo se mama —,

— Entonces ¿por qué sigues haciéndolo? —,

— Porque es lo único que me ayuda a relajarme, del trabajo, los estudios, de la gente, de mi vida en general —,

— ¿Qué te preocupa? —.

— Joder mamá, cada vez que salgo a la calle siento que la gente me mira como a un animal, por...—

— Por ser gitana, eso mismo le pasaba a tu padre cuando vivía en México —.

— Pero no estamos en México mamá —,

— ¿Y? solo por eso ya es suficiente para que la gente te mire por encima del hombro, de que no estes orgullosa de todo lo que logras —.

— ¡Y que he logrado mamá! —,

— Estas terminando la carrera, por lo pronto ya tienes más estudios que tus padres y tus primos, trabajas, quizás no en el mejor sitio del mundo, pero te aseguro que con esa perseverancia trabajaras en las mejores empresas de este país, siempre puedes ayudar a tu padre en la galería, no se le dan muy bien las finanzas, y lo que más te preocupa es ser gitana —.

Drina se dirigió a la ventana para que su madre no la viera llorar, — Adriana cariño, el mundo está lleno de prejuicios y de hipócritas, de ideas tan que se enquistan en nuestra cabeza y pensamos que son ciertas, nos anclamos a las apariencias y costumbres que no nos molestamos en ver que hay más allá de la moral que nos imponen. Debes respirar, no te creas todo lo que te dicen, porque es lo único que te impide convertirte en una gran mujer —.

— ¿De verdad... de verdad crees que puedo ser una persona fuerte? — preguntó entre sollozos,

— Lo único que espero es, que cuando te hagas una mujer echa a sí misma, nunca pierdas esa curiosidad que tenías de niña —,

— Siempre seré esa niña para ti verdad — dijo esbozando una sonrisa,

— Y siempre la llevaremos con nosotras — respondió mientras ambas recordaban aquellas tardes en El Retiro.

— Se que ya no eres cristiana, pero ¿Podrías rezar conmigo una última vez? — le pidió su madre como última voluntad, Drina se secó las lágrimas, volvió con ella y se arrodillo al lado de la cama, ambas cruzaron las manos y comenzaron la oración. Adriana permaneció en silencio mientras su madre rezaba, buscando las palabras que decir — Dios, si realmente existes, si de verdad estas aquí presente ¿Por qué permites este dolor? — preguntó desesperada por el estado de su madre, increíblemente una voz le respondió — ¡DIOS A MUERTO! —.

Aquel firme y profundo grito alzó la mirada de Drina, encontrando un rostro estirado con un par de brazos simulando su inexistente mandíbula, al otro lado de la cama el escriba Edrich se alzaba ante ella. Drina fue a resguardar a su madre, descubriendo a un cadáver carcomido por gusanos reposando en la cama, antes de que Edrich pudiera alcanzarla la joven Drina se escabulló bajo la cama, se enderezó, corriendo a toda velocidad hacia la puerta para frenarse en seco al abrirla.

Un abismo de la más profunda oscuridad se sumergía ante ella, un inmenso cráter del que solo escapaban susurros, — ¡El monstruo que nos fustiga, volviéndonos tan crueles como él, es la vida misma muchacha! — exclamó Edrich sosteniéndola de la cabeza, sacando la cabeza de la joven al exterior. Drina se aferró al marco de la puerta para evitar la caída, — Mira al abismo, deja que este te devuelva la mirada y dime ¿Qué ves? —.

La joven Adriana miró a la oscuridad, apareciendo todos y cada uno de los momentos de dolor por los que pasó, reminiscencias que ahogaban su alma en tristeza, cerró sus ojos anegados de lágrimas por tal de no volver a esos recuerdos. — ¿Volverías a pasar, por todos y cada uno de esos momentos? — Preguntó Edrich castañeteando los dientes que sustituían a sus uñas, abriendo aquellas fauces divididas en tres secciones para arrancarle la cabeza. En un intento de valentía volvió a abrir los ojos, divisando más allá de sus lágrimas sus mayores momentos de felicidad, su familia, aquellos paseos en El Retiro, sus viejos amigos y sus salidas por la ciudad, por absurdo que le pareciese, el recuerdo de su primer sueldo le transmitía felicidad.

En las profundidades lograba entrever momentos futuros aun no vividos, una Adriana más adulta, logrando paso a paso sus mayores objetivos tras el fallecimiento de su madre, abandonando toda adicción y pesimismo,

volviéndose la mujer que soñaba ser con esfuerzo propio, con la que intercambio miradas al otro lado del abismo. Edrich clavó los dientes de sus dedos en la nuca de Drina, al sentirlos atravesar su carne saltó, cayendo al abismo de paz y dolor para sobrevivir.

Drina extendió sus brazos sujetando a la joven muchacha, la fuerza fue tal que acabaron en el suelo, la Adriana joven sollozaba en su hombro mientras la adulta la abrazaba con fuerza consolándola. — Ya está, todo irá bien a partir de ahora... puedes hacerlo, puedes seguir adelante — dijo Drina pronunciando las palabras que deseaba escuchar en aquellos momentos tan difíciles, solo para percatarse de que la chica que una vez fue desapareció entre sus brazos, desvaneciéndose en una oscuridad tornándose claridad.

Devastadores gritos de dolor llegaron a sus oídos desde la lejanía — ¡Ángel! — exclamó al reconocer la voz, el laberinto había desaparecido, regresando a la estepa desértica de cielo rojo, esta vez un templo de oro se alzaba en la distancia, del que provenían los gritos de su amado. Mientras avanzaba la voz de Ángel se debilitaba, las puertas al santuario permanecían abiertas esperando su llegada, cruzó el pasillo de esculturas vivientes hasta llegar al salón dodecaédrico, donde aguardaban los cuatro escribas sentados en tronos dorados, presidiendo una mesa rectangular donde Ángel permanecía de rodillas.

Drina no pudo pronunciar palabra al comprobar el estado de Ángel, sus ojos blancos desvelaban el profundo trance en el que yacía, con los brazos en alto como si cadenas invisibles lo retuvieran, la llave de la metamorfosis giraba lentamente en el interior de la cerradura de su cráneo, en un intento por dar una vuelta completa. Lo más doloroso se encontraba en su espalda abierta, parte de su columna ya estaba en el exterior, Drina veía como el vientre de Ángel se removía, algo se gestaba en su interior, preparándose para salir de la crisálida.

— Vaya, vaya, quien diría que uno de los sacrificios resultaría ser digno del nuevo mundo — Añadió Ílad,

— Dijiste que harían falta tres conciencias más para completar al elegido — recordó Ladd,

— A sido capaz de superar la mirada del abismo, ha demostrado ser merecedora de encontrarse en este acto y de formar parte de la Utopía Final, no podemos sacrificarla — defendió Edrich ante sus iguales.

— ¡Cerrad las puertas! — ordeno Hauer a las abominaciones de Ílad, en lugar de huir Drina corrió hacia Ángel, Ladd intentó ordenar su detención, pero por encima del control de aquellos seres estaba Ílad, quien denegó la

orden levantando su palma.

— ¡Ángel, Ángel por favor despierta! — suplicó Drina sujetando su rostro,

— Aunque consiguiera salir del trance lo único que conseguirías sería causarle un inmenso dolor, su nueva forma está consumiéndolo, dejando a su mente esculpir su nuevo cuerpo — explicó Hauer, Drina lo ignoró por completo, pues aún tenía la esperanza de escucharlo, de sentir su presencia una vez más a exentas de como terminase todo. — Por favor Ángel vuelve en ti, te necesito por favor — Rogaba buscando alcanzar su inconsciente para despertarlo, mientras este revivía su vida una última vez.

Su subconsciente regresó a su infancia, a un momento de su vida tan traumático que su mente lo olvidó por tal de conservar su cordura. Tras la misa sus compañeros salieron al patio del colegio católico donde estudiaba a los seis años, a excepción de él, que sollozaba sentado en una de las letrinas, al escuchar la puerta del servicio selló sus labios con las manos para evitar que le encontrara. Se agachó, asomarse por el hueco de los pies, distinguiendo un pantalón y deportivas oscuras, respiró aliviado al no tratarse de una sotana, Salió del servicio esperando encontrar a uno de sus compañeros, pero no fue así.

Una figura alta y delgada, oculta tras una capucha y una máscara blanca lo asustó, al cruzar miradas el intruso se aproximó a toda velocidad, tapando la boca del niño para evitar que alertase a alguien. — Cállate, no voy a hacerte nada — chisto el intruso, su cabello largo y su voz delataban que era mujer — ¿Por qué no estas en el patio con los demás? — preguntó en un intento por calmar al infartado niño.

— Carajo — dijo quitándose la máscara, apenas recordaba sus facciones, solo una mirada de ojos azules entre un cabello oscuro era lo único que permanecía en su memoria de aquel rostro. — ¿Estas bien? ¿Qué haces aquí solo? — pregunto la mujer, Ángel logró calmarse, momento en el que distinguió una cicatriz en el cuello del niño, — Estate quieto por favor — Le pidió con una voz más dulcificada, se trataba de un mordisco, por los restos de saliva dedujo que era reciente.

—¿Quién te hizo esto? — el chico no pudo responder, pues una voz lo llamaba desde el pasillo — Ángel ¿Dónde este jovencito? Tenemos que hablar — aquella voz era tosca y profunda, acompañada de un jadeo entrecortado. La mujer chistó, ambos guardaron silencio mientras se aproximaban a la puerta entreabierta. Se asomaron con cuidado, un sacerdote alto y flacucho atravesaba el pasillo de un lado a otro, su poblada barba dejaba entrever unos dientes amarillentos, su rostro sudoroso lleno de arrugas y cráteres no lo volvían muy agraciado a la

vista, su hedor, aquel olor que dejaba a su paso era insoportable.

La mujer notaba al niño temblar entre sus brazos, cuando el sacerdote se marchó le susurró al oído — ¿A sido el quien te hizo eso? — Aquella pregunta solo consiguió que Ángel se derrumbara volviendo a sollozar, esta vez el su acosador si logró escucharlo. Ambos sintieron sus pesados pasos volver por el pasillo a gran velocidad — Ey, ey, tranquilo no voy a dejar que te haga nada — dijo la intrusa alejándolo de la puerta, — Escucha, no puedes decirle a nadie que estoy aquí ¿Entendido? —.

Estaba demasiado asustado como para responder, con el corazón en la mano la mujer le dio un beso en la frente al niño para luego mirarlo fijamente a los ojos. — Vas a ir con él, estaré tras de ti, te juro que no dejaré que te toque, pero no le digas que estoy aquí — le suplicó colocándose la máscara y ocultándose en una de las letrinas.

Cerró la puerta y se subió a la taza en el momento en que el sacerdote atravesó la entrada, — ¿Ángel? No llores — dijo el hombre acercándose al niño, quien intentó rehuir de él quedando acorralado al fondo de la habitación. — ¡Estate quieto, ven aquí! — exclamó atrapándolo por el brazo, en un intento por liberarse le asestó una patada en la espinilla, pero solo logró enfadarlo. — ¡Maldito niño del demonio, cállate! — Exclamó sacándolo en brazos para llevarlo a la capilla, sin moros en la costa la enmascarada salió de su escondite atenta a las pisadas del sacerdote. El cura y Ángel se arrodillaron frente al altar, bajo la custodia de la inmensa figura de Cristo crucificado, una representación que llevaba años en aquel colegio, el paso del tiempo no evito que se agrietara, destiñera y enmoheciera.

El cura podía escuchar la temblorosa voz de Ángel bajo su oración, apenas era capaz de pronunciar palabra del espanto que lo invadía. — Ángel ¿Eres consciente de que lo ocurrido en mi despacho ha sido un pecado? Y yo he sido quien ha cometido semejante atrocidad — se pronunció silenciando al niño, — Lo siento tanto, llevo años predicando la palabra del señor en este colegio sin ser merecedor de ser su pastor, la vida del devoto es dura joven y los deseos impuros son cada día más fuertes y difíciles de controlar, perdóname Ángel por lo que te he hecho —.

Ángel alzó la vista, esperando ver arrepentido frente a la imagen del señor, a pesar de sus palabras no veía ningún rastro de culpa en su rostro, solo al hombre cuyos actos habían mancillado a un niño. — Por eso estamos aquí, para confesarnos frente al Señor, pues él es el único que debe conocer nuestros pecados, y será el único que nos juzgue en el día del juicio final, jura ante Cristo que nadie conocerá nuestros pecados Ángel —.

Los ojos del sacerdote se clavaron furtivos en el niño intimidándolo, — Júralo — dijo haciendo desaparecer de su voz cualquier ápice de

culpabilidad, — ¡Júralo! —. El sacerdote tiró del brazo de Ángel, levantándolo del banco para postrarlo de rodillas frente al Cristo — ¡Jura que nadie sabrá de este pecado más que nuestro Señor! —. la respiración de Ángel se aceleraba, el corazón rebotaba en su pecho mientras contemplaba la desgastada imagen del Cristo, cuyos ojos se tornaron blancos como la luz que entraba por los ventanales.

Miles de voces escaparon de la boca de la aberrante escultura, engullendo los gritos de Ángel, el monstruo forcejeó en la cruz, liberando su mano izquierda del clavo que lo aprisionaba. Ángel huyó hacia la sacristía, una vez liberado lanzó sus lenguas de madera hacia su víctima con intención de matar. Ángel logró cerrar la sala a tiempo, escuchando las raíces quebrarse como huesos tras la colisión. Los aterradores gritos de cientos de víctimas retumbaban en los oídos del joven como las investidas de aquella aberración a la puerta de metal. En aquella vorágine aterradora Ángel solo podía pensar en el final, rezar porque acabase para volver con sus padres, sin poder creerlo los golpes cesaron, y no por intervención divina.

Al volver a la capilla el suelo estaba teñido con la sangre del sacerdote, frente al cadáver se encontraba la enmascarada con el arma del crimen en mano, inmóvil, ni siquiera una respiración acelerada tras el esfuerzo de las puñaladas, solo una mirada fría oculta tras un rostro blanco como la porcelana, mancillado por lagrimas escarlatas. La mujer y el niño intercambiaron miradas silenciosas, durante unos instantes que se tornaron horas para Ángel mientras la asesina escapaba y los profesores daban con él, llorando en una escena que impactaría a la ciudad cuando se dio la noticia.

Ángel fue el último de los niños de los que aquel sacerdote abusó a lo largo de los años, al ser quien dirigía el colegio católico la iglesia de la ciudad se encargaba de ocultar los actos de aquel hombre asesinado a manos de una de sus primeras víctimas. La investigación llevó a la policía hasta el hogar de la asesina, ahorcada en una de las vigas de madera del techo, aun vestía la mascaró y la sudadera ensangrentada, junto a una nota en la mesa "Si Dios no nos da justicia, la tomaran sus hijos".

Drina continuaba llamándolo sin ninguna respuesta, solo el chirriar de la llave dando una vuelta completa en su cráneo. — Es la hora — avisó Hauer sacando de su bolsillo la conciencia Kavi, Ladd hizo lo mismo, el techo del templo se abrió en dos, dando paso a la Mente Maestra retorciéndose alrededor del templo. Las auras flotaron hacia la deidad, tras absorberlas un tronar escapó de sus adentros, liberando un destello de luz en el habitáculo que cegó a Drina y dejó expectantes a los escribas.

Cuando la claridad se despegó de los ojos de Adriana distinguió a su amado retorciéndose, su cuerpo se abría por la espalda sin derramar una

gota de sangre, quedando de Ángel una misera cascara de la que nacía una figura de piel blanca, tan pálida que podían distinguirse las venosidades que recorrían su espalda y alas. el último escriba abandonó su antiguo cuerpo, mostrándose como un ser de esbeltas dimensiones, largos brazos de dedos afilados como cuchillas y una envergadura dotada de ojos en las articulaciones de las alas.

Al comprobar sus alrededores los presentes descubrieron que no poseía ninguna facción en el rostro, solo un inmenso ojo ciclópeo junto a la marca de cerradura en la frente, aun con la llave incrustada. — Es hermoso, dinos tu nombre criatura — quiso saber Ílad, el escriba bajo la mirada, encontrando a Drina paralizada a sus pies. La llave cedió, cayendo entre el serafín y la humana — ¿Ángel? — articuló Drina aun con esperanzas de ser reconocida por aquella divinidad que antes era su pareja.

La voz atronadora de la Mente Maestra hizo retumbar su realidad, el cielo volvió a abrirse en un vórtice, la ciudad de Madrid se distinguía al otro lado. — ¡Si, es el momento, no puede esperar más! — exclamó Ílad alzando su cabeza al cielo, los ojos de los escribas asomaron por las cerraduras fijos en el portal, sus pupilas se dilataron, usando sus fuerzas para hacer el puente entre las realidades aún más grande.

— Este es tu cometido escriba — aclaró Ladd,

— Dirige tu vista al cielo y pongamos fin a nuestra misión — continuó Hauer,

— ¡Ángel por favor, sé que aun estas ahí! — exclamó Drina, Serafín no apartaba la vista de la humana, acababa de dar su primer soplo de vida y por alguna razón sentía algo insólito ante la presencia de la mujer, pero había algo más. Una inmensa fuerza recorría todo su ser, la capacidad de crear y destruir sin ningún tipo de impedimento, no sentía miedo ante aquel don, pues lo controlaba a voluntad, aquella sensación de pavor la producía el peligro en el que se encontraba la desconocida.

El portal estaba abierto, pero era necesaria su fuerza para que la deidad pudiese cruzarlo, aquella apertura sería suficiente. Serafín envolvió a Drina entre sus brazos y alas, desapareciendo en un destello de luz, los ruidos de Madrid llegaban a sus oídos, al ser liberada lo comprobó con claridad, se encontraban en el punto más alto del Edificio Carrión.

Serafín miró a su alrededor, verla a salvo y contemplar aquella ciudad hizo que lo inundara la felicidad por primera vez, aquel sosiego pronto se transformó en colera al sentir su presencia. Ambos fijaron la vista al cielo, un cúmulo de nubes negras descendía hacia ellos, moldeándose en una calavera a medida que se aproximaba. Serafín intentó enfrentar a la Mente Maestra, bastó aquel pensamiento para que su cuerpo influenciado

por la deidad se agrietase, sometiéndolo para llevarlo de regreso a sus dominios.

El escriba intercambio miradas con la mujer asustada, no podía protegerla, era consciente de que aquel ser de inmenso poder podía destruirlo, pero si desease hacerlo desaparecer podría hacerlo allí mismo, lo necesitaba. Fue entonces cuando Serafín tomó su última decisión, contemplando una vez más a Adriana antes de que sus ojos se apagasen.

Drina titubeó mientras la criatura se arrodillaba, convirtiéndose en polvo a medida que las nubes se acercaban, Adriana corrió hacia él, pero solo alcanzó sus últimas cenizas antes de desaparecer. La presencia de la Mente Maestra se dispó junto a las nubes, en un grito agónico que dejó a Drina sin voz al comprender que había perdido a dos de las personas que más amaba, en un viaje a la otra cara de la moneda de la realidad, un acontecimiento tan fuera de su comprensión que su cordura se encontraba al límite de sus fuerzas. Yació en el suelo agotada, palpando las cenizas de Ángel antes de que el viento se las arrebatara de las manos, sus párpados cayeron, a los pocos segundos se desmayó.

— No ¡No! ¡No es posible, no era lo que debía suceder, estaba todo medido, cada acontecimiento, cada acto, todo era perfecto! — Exclamaba Ílad retozando en el lodo de su derrota, el resto de escribas no pronuncio palabra, esperaban a que su señor se pronunciase. La llave de la metamorfosis levitó hacia el cielo, al seguirla encontraron el a la Mente Maestra.

— *Me has fallado Ílad* — dijo su voz procedente de todas direcciones,

— Esto no tiene explicación ¡Esto no debería ser así! —,

— *¡SILENCIO! Solo yo controlo el caos en el universo, os di el don de repercutir en la realidad, pero soy yo quien os permite hacer mella en las mentes para la búsqueda de los elegidos, encontrar al último escriba sin mi actuación era tu misión Ílad, y has fracasado* —.

Ílad selló sus labios, aun incapaz de aceptar su error — Mente Maestra, tu voluntad será nuestra guía ¿Qué hemos de hacer ahora? —.

— *Continuareis, invadiréis los recuerdos, pensamientos e imaginación de los mortales, los usareis como molde para que los nuevos mensajeros invadan el mundo en busca del último escriba elegido por uno de vosotros, solo así alcanzareis la Utopía Final* —.

— Entonces, gran Mente Maestra, quien será tu próximo elegido —.....

El hombre fue quién creó a Dios a su imagen y semejanza

Friedrich Nietzsche

Fin